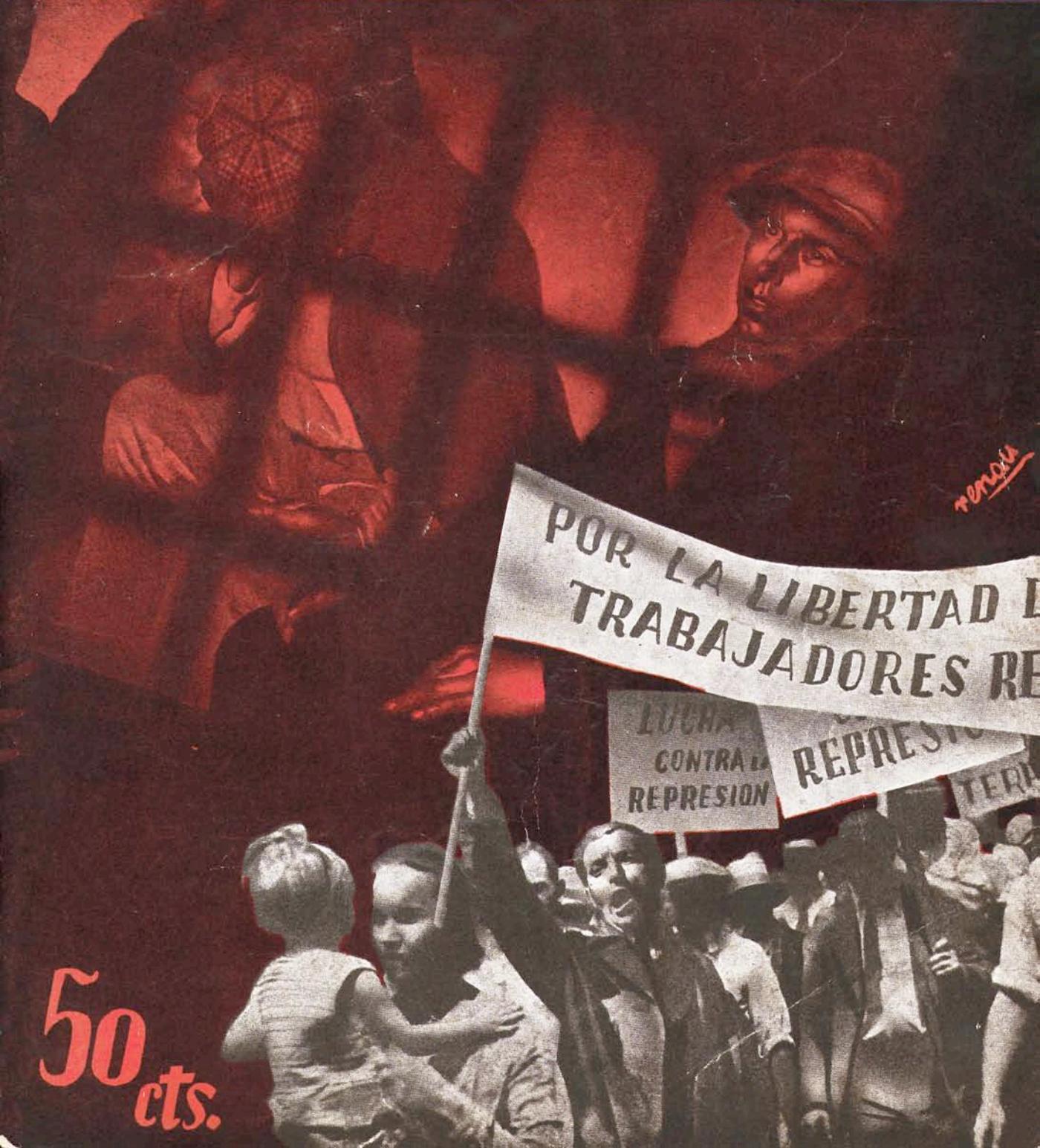


No. 118-1933
Junio

Estudios



50 cts.

¡Ayude usted a ESTUDIOS comprando sus libros!

La Biblioteca ESTUDIOS tiene como especial misión la de ayudar al sostenimiento de esta Revista por medio de la venta de sus libros, cuyo producto se destina íntegro a sufragar el déficit que supone cada número, pues no tiene ni admite otros ingresos que los de la venta de sus ejemplares, y estos ingresos no llegan, ni en mucho, a compensar el coste y demás gastos de su impresión.

Rogamos, por tanto, a los lectores de ESTUDIOS compren y recomienden los libros aquí anunciados, si desean ayudar a ESTUDIOS en su labor educativa.

Esta Biblioteca editará siempre obras de indiscutible valor literario y cultural y de utilidad para la vida privada, selectamente escogidas de entre los autores de reconocido prestigio universal.

Además, los corresponsales y suscriptores directos de ESTUDIOS tienen derecho a los descuentos señalados, pudiendo, por tanto, adquirir excelentes obras en ventajosas condiciones.

Descuentos a corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS

REVISTA.—En paquetes desde 5 ejemplares en adelante, el 20 por 100 de descuento, libre de gastos de envío. En los envíos para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo. Los pagos deberán hacerse cada mes por giro postal, cheque, sellos, etc. (en este último caso certificando la carta).

LIBROS.—En los libros editados por esta Revista, el 30 por 100 de descuento, y el 20 por 100 en las obras encuadernadas. En los diccionarios, el 15 por 100.

Gastos de envío, a cargo del comprador.

Se envía el *Catálogo General gratis a quien lo solicite.*

PARA TODO PEDIDO DE LIBROS ES CONDICION INDISPENSABLE EL PAGO POR ANTICIPADO.—

Si no se quiere o no se puede anticipar el importe al hacer el pedido, pueden indicar que se haga el envío a Reembolso, y en este caso se abonará el dinero al recibir el paquete de manos del cartero. Los gastos de Reembolso (0'50) van a cargo del comprador en este caso. Los envíos a Reembolso no rigen para el extranjero.

NOTAS.—Los suscriptores de ESTUDIOS deberán tener abonada la suscripción para tener opción al descuento señalado.

LAS SUSCRIPCIONES SE ABONARAN POR AÑOS ANTICIPADOS (12 NUMEROS, COMPRENDIDO EL EXTRAORDINARIO DE 1.º DE AÑO, 6'50 PESETAS PARA ESPAÑA, PORTUGAL Y AMERICA, Y 8 PESETAS PARA LOS DEMAS PAISES).

Las suscripciones pueden empezar en cualquier mes del año.

Toda correspondencia, giros, etc., diríjense a: J. JUAN PASTOR, Apartado 158 —VALENCIA

Obras selectas, especialmente recomendables, editadas por ESTUDIOS

A los corresponsales y suscriptores de ESTUDIOS, el 30 por 100 de descuento en rústica, y el 20 por 100 en tela

Conocimientos útiles		En rústica	En tela	En rústica	En tela
Educación e Higiene					
EL EXCESO DE POBLACION Y EL PROBLEMA SEXUAL, por G. Hardy. Obra importantísima sobre los medios más modernos y científicos para evitar el embarazo y sobre los procedimientos abortivos. Verdadera enciclopedia sexual. Ilustrada con 66 grabados en negro y cinco láminas a tricolor	10	12	3'50	5	
ENFERMEDADES SEXUALES, por el doctor Lázaro Sirlin. Segunda edición	1		0'50		
MEDIOS PARA EVITAR EL EMBARAZO, por G. Hardy. Segunda edición	3'50	5	1	2'50	
LA MUJER, EL AMOR Y EL SEXO, por Jean Marestan	1		0'75		
EDUCACION SEXUAL DE LOS JOVENES, por el doctor Mayoux. Segunda edición	2	3'50	2	3'50	
AMOR SIN PELIGROS, por el Dr. W. Wasroche. Segunda edición	2	3'50	2	3'50	
GENERACION CONSCIENTE, por Frank Sutor	1			18	
EMBRIOLOGIA, por el doctor Isaac Puente	3'50	5			
EL VENENO MALDITO, Dr. F. Elosu	1				
EUGENICA, por Luis Huerta	2				
LIBERTAD SEXUAL DE LAS MUJERES, por Julio R. Barcos. Cuarta edición	3	4'50			
EL A B C DE LA PUERICULTURA MODERNA, por el doctor Marcel Prunier	1				
EL ALCOHOL Y EL TABACO, por León Tolstoi	1				
LA MATERNIDAD CONSCIENTE. <i>Papel de la mujer en el mejoramiento de la raza</i> , por Manuel Devaldés	2	3'50			
SEXUALISMO LIBERTARIO (<i>A mor libre</i>), E. Pagán	1				
LA EDUCACION SEXUAL, por Jean Marestan			3'50	5	
LA EDUCACION SEXUAL Y LA DIFERENCIACION SEXUAL, por el doctor Gregorio Marañón			0'50		
LO QUE DEBE SABER TODA JOVEN, por la doctora Mary Wood			1	2'50	
EDUCACION Y CRIANZA DE LOS NIÑOS, por Luis Khune			0'75		
CAMINO DE PERFECCION, por Carlos Brandt			2	3'50	
LO QUE TODOS DEBERIAN SABER (<i>La iniciación sexual</i>), G. M. Besede			2	3'50	
LA EXPRESION DEL ROSTRO, Luis Khune				18	
Novelas - Sociología - Crítica					
GANDHI, ANIMADOR DE LA INDIA, por Higinio Noja Ruiz			1'50	3	
COMO EL CABALLO DE ATILA, por Higinio Noja Ruiz			5	6'50	
LA QUE SUPO VIVIR SU AMOR, por Higinio Noja Ruiz			4	5'50	
HACIA UNA NUEVA ORGANIZACION SOCIAL, por Higinio Noja Ruiz			2	3'50	
EL BOTON DE FUEGO, por José López Montenegro			3	4'50	
UN PUENTE SOBRE EL ABISMO, por Higinio Noja Ruiz			2	3'50	
LA MUÑECA, por F. Caro Crespo			1'50		
LA DESOCUPACION Y LA MAQUINARIA, por J. A. Mac Donald. Segunda edición			1'50	3	
LA VIDA DE UN HOMBRE INNECESARIO (LA POLICIA SECRETA DEL ZAR), por Máximo Gorki			2	3'50	

Estudios

Revista ecléctica

Publicación mensual

Junio
Año XI 1933
Núm. 118

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
APARTADO 158.-VALENCIA

Actualidad

Dionysios

En los últimos días de abril fueron detenidos en Madrid unos jóvenes que iban por la calle, en manifestación, con una bandera roja.

Llevados a la jefatura de policía, se averiguó que no eran comunistas, sino socialistas, y se les puso en libertad.

Así han publicado la noticia los periódicos, lo que demuestra que si los jóvenes hubieran sido comunistas no habrían sido puestos en libertad. Dicen que la flamante Constitución española hace constar que todos los españoles son iguales ante la ley, pero no debe ser así, toda vez que un hecho que no deja de ser una tontería, hágalo quien lo haga, habría sido falta en unos —en los comunistas—, y quizá delito procesable, y no ha sido en otros —en los socialistas— ni falta ni delito.

En el Parlamento catalán un ministro de la región autónoma ha dicho que los obreros pertenecientes a la Unión General de Trabajadores ejercen el esquirolaje en el puerto de Barcelona. No ha descubierto el tal ministro ningún Mediterráneo. En toda España, desde el advenimiento de la República, esa es la principal misión que tienen que cumplir los obreros afiliados a la Unión General de Trabajadores: el esquirolaje. La República no ha tenido que crear ningún Sindicato Libre para oponerse a las reivindicaciones obreras: ya cuenta con

aquella organización para semejantes menesteres.

Lo curioso del caso no es lo dicho por el ministro catalán: lo curioso es que el nombrado ministro es el organizador de las Juventudes de Izquierda Republicana de Cataluña, las cuales Juventudes, en la reciente huelga general barcelonesa, se ofrecieron para ocupar los puestos que los huelguistas habían abandonado, y ocuparon bastantes de ellos. ¿No pueden tratar de tú los esquiroleros de la Unión General al organizador de un cuerpo de esquiroleros?

En esto de las huelgas es precisamente en lo que más se nota lo poco que han cambiado las cosas en España desde los tiempos de la monarquía. En cuanto estalla cualquier conflicto de esa naturaleza, empiezan los ministros, los gobernadores y los monterillas a repetir los mismos lugares comunes que se decían cuando el antiguo régimen. Ni uno nuevo han inventado. Y empiezan a hacer también las mismas cosas que entonces se hacían; es decir, a meter a los huelguistas en la cárcel y a rodear a los que vuelven la espalda a la lucha de toda clase de mimos y cuidados, llamando a esto, exactamente como antes, «proteger la libertad del trabajo».

Muy curiosa, en este particular, ahora como antes, la moral del Estado. Si en una guerra, por ejemplo, un hombre se negara a combatir, aunque fuera por escrúpulos mo-

rales, el Estado le juzgaría inmediatamente como traidor y le condenaría a la máxima pena establecida. En la guerra social, en la que los combatientes defienden intereses mucho más sagrados que los que se ventilan en cualquier otra guerra, el Estado coge a los que se mantienen firmes en sus puestos y los encarcela, y pone todos sus instrumentos de fuerza al servicio de los que vuelven la espalda a la lucha, de los que se niegan a combatir.

* * *

Entre las repeticiones de lugares comunes a que he aludido antes, con motivo de movimientos huelguísticos —todo es obra de cuatro perturbadores; los obreros honrados no toman parte en semejantes huelgas; hay que proteger la libertad del trabajo, etc., etc.—, merecen ser destacadas unas palabras del gobernador de Barcelona. Dijo éste a los periodistas: «He mandado clausurar varios Centros de anarquistas, que ahora no se llaman así, sino comunistas libertarios.» Todo un gobernador de Barcelona, la ciudad española donde más influencia ha ejercido el anarquismo desde que existe, no está enterado de que los anarquistas se han llamado siempre comunistas libertarios, es decir, lo que son, salvo rarísimas excepciones de colectivistas o individualistas. Para él, es un nombre que han adoptado ahora, sin duda para despistarle.

* * *

También vale la pena de destacar otras palabras del doctor Aiguadé, alcalde de Barcelona. «Antes —cuando él no era alcalde, claro está—, los obreros iban a las huelgas con entusiasmo. Ahora —desde que él es alcalde, ni que decir tiene—, las huelgas no tienen ambiente entre los obreros.» Por esto las Juventudes del partido a que el doctor Aiguadé pertenece —la Izquierda Republicana de Cataluña— han ejercido el esquirolaje con aplauso suyo y de todos sus compañeros de política. Nada importa que el doctor Aiguadé forme parte de un *partido de clase* aliado a la Izquierda Republicana —la *Unió Socialista*—. ¿No son socialistas los afiliados a la Unión General de Trabajadores y ejercen también el esquirolaje, según un ministro catalán de la propia Izquierda Republicana?

* * *

Estudios

En el Parlamento monárquico, cuando algún diputado republicano dirigía una censura al rey o decía que había sido recibido en tal o cual parte con muestras de desagrado, la indignación de la mayoría no tenía límites. Hace poco un diputado nacionalista dijo en el Parlamento republicano que el Presidente de la República había sido despedido en Bilbao con muestras de desagrado, y la indignación de la mayoría no tuvo límites.

La poesía

Shelley

La poesía hace amables todas las cosas; exalta la belleza aun de aquello que ya es muy hermoso, y llena de belleza aun lo más disforme: une la exaltación y el horror, el agravio y el placer, la eternidad y la mudanza; sujeta a unión bajo su yugo de luz todas las cosas irreconciliables. Trasmuta cuanto toca, y toda forma que se mueve dentro del radio de su presencia, se trueca por maravillosa simpatía en encarnación del espíritu que alienta en ella: su secreta alquimia cambia en oro potable las ponzoñosas aguas que fluyen de la muerte a través de la vida; arranca del mundo el velo de la costumbre y muestra pura la desnuda y dormida belleza, que es el espíritu de sus formas.



El amor y la nueva ética sexual en la vida y en la literatura

Hugo Treni

RUSAS

El amor y las relaciones sexuales constituyen, sin duda alguna, una de las fundamentales entre las cuestiones que más han preocupado, tanto a los individuos como a los pueblos, en todas las épocas de la Historia.

Pensadores, literatos y políticos, cada uno en el propio campo y por el propio camino, hanse entregado a la tarea ardua de buscar una solución armónica. Mas he aquí que tal búsqueda ha llevado a los investigadores demasiado lejos. Tan lejos que, si bien en el orden abstracto de la idea, han sabido y podido encontrar tal o cual fórmula, más o menos perfecta, en el terreno de la práctica, es decir, de la vida —y es aquí, precisamente, donde se debiera haber investigado, hacia donde hubieron de orientarse las posibles soluciones— casi todos erraron, en razón a la generalización que quisieron imprimir a sus conclusiones, conclusiones, en realidad, de carácter puramente individual.

Los hombres de leyes, que debieron resolver y regular las vicisitudes y contingencias de la vida, pero sin coartarla, chocaron siempre contra el muro de la indiferencia, cuando no de la hostilidad, porque fué criterio cerrado suyo imponer fórmulas y soluciones únicas, absolutas, inflexibles, a las múltiples variaciones de los caracteres y de los temperamentos —profundamente diversos entre sí; antagónicos, no pocas veces— que integran las sociedades humanas. No quisieron o no supieron tener en cuenta que el problema del amor es, más que ningún otro, problema esencialmente individual, que responde únicamente al particular y personal temperamento; a las especiales características que constituyen la «fisonomía», el «hecho diferencial» de todos y cada uno de los seres humanos. Es preciso, pues, si se desea de verdad llegar a un mínimo de armonía a este respecto, reconocer lo anteriormente dicho y buscar soluciones personales y libres; no imposiciones colectivas que, en el mejor caso, sólo pueden servir para provocar discordias, rebeliones y aun delitos, como la actual sociedad nos lo está demostrando cada día.

¿Monogamia o poligamia? ¿Sentimentalismo o materialismo? Si estos términos llevan implícita la *obligatoriedad*, nos da lo mismo; todos son igualmente ineficaces e inicuos. Cualquiera de ellos que se adopte como sistema, no puede servirnos de solución, porque

son generales, únicos e iguales, para todos los temperamentos. La sola fórmula viable será una libertad, inspirada en la comprensión, que permita la unión libérrima de los seres, con posibilidades de espontánea separación; o bien alguna otra modalidad análoga de libertad del amor y de las mutuas relaciones sexuales. Es decir: exactamente lo contrario a los procedimientos vigentes en la sociedad actual; procedimientos que podrían resumirse y presentarse bajo sus tres expresiones más conocidas —matrimonio indisoluble, celibato, prostitución—, que son, en realidad, el trípode en que descansa actualmente el concepto de «Amor».

No puede, en la sociedad actual, existir amor ni relación sexual, fuera del matrimonio, sin incurrirse en pecado de prostitución, sobre todo si se trata de la mujer, que, en la generalidad de los casos, es aún considerada no más que como un objeto de exclusiva propiedad y pertenencia del hombre —padre o marido, según la época de su vida—. Y tampoco podrá ser realidad ninguna nueva ética sexual en tanto no nos decidamos a romper los moldes de la vieja, firme sustento de las tres citadas expresiones del concepto de «Amor». Porque, para poder modificar solamente una de esas tres manifestaciones, que son burguesas, sería absolutamente preciso remover intensamente todo el sistema de convivencia social vigente, por cuanto que todos estamos estrechamente ligados, en una concatenación ininterrompida, de causa a efecto, con todas las demás expresiones del sistema y la moral burgueses. Por esto se hace imprescindible la lucha a fondo; no contra una sola manifestación del multiforme problema, sino contra toda la organización actual, porque la verdadera solución puede solamente resultar de esa lucha.

El proceso de toda idea puede sufrir estancamientos, siquiera temporales; más aún cuando, al nacer aquélla, naturalmente no cuenta con una masa de adeptos bien nutrida. Pero hay algo que no puede estancarse, que no puede detenerse; y este algo es la Vida. La Vida, que sigue impertérrita su inductable camino, aunque los legisladores sigan acumulando leyes contra ella; aunque los códigos y sus ejecutores continúen sentenciando y condenando a quienes, no pudiéndose adaptar a los

convencionalismos establecidos, se dejan arrastrar por las corrientes de los nuevos manantiales, lejos del reducido cauce milenario.

La juventud, llena siempre de cálido entusiasmo, pleotórica de vida y de amor —de amor, que es una fuerza espiritual, si bien variable, empero siempre capaz de enriquecerse, de renovarse y, sobre todo, de manumitirse—; la juventud, y, particularmente, en sus prístinos impulsos, ha sido la primera en aportar soluciones al problema que nos ocupa; soluciones que, fundamentalmente, son idóneas; pero que, por ser *suyas*, es decir, juveniles, ni previenen las derivaciones ni destruyen los prejuicios ancestrales; derivaciones y prejuicios numerosos de que aún está rodeado el problema en cuestión. Las fórmulas de la juventud son, pues, soluciones estimables, porque, saltando sobre toda controversia, se orientan directamente hacia la práctica. Pero, por desgracia, casi nunca van más allá de un impulso, inmediatamente contenido por alguno de los múltiples factores, que, aliados al tiempo, se encargan siempre de apagar todos los entusiasmos. Porque poco podrán hacer los jóvenes —de los dos sexos, pero particularmente las mujeres— bajo la presión y la tutela de sus progenitores, quienes acabarán por acertar e imponerles sus propios prejuicios, sus intereses particulares y su voluntad, aunque rara vez respondiendo a las últimas aspiraciones de los interesados.

* * *

Quien se decidiese a profundizar en estos movimientos rebeldes de los «hombres nuevos», con ánimo de extraer sus conclusiones lógicas, vería que su análisis le arrastraba más allá de cuanto podemos querer o aspirar en este orden; acabaría ineludiblemente por encontrarse frente a frente con *toda* la organización social.

Cierto que existen quienes, colocándose al margen de las normas establecidas, logran el supremo ideal de «vivir su vida». Mas son estos casos tan pocos y aislados que no pueden influir de un modo decisivo en el curso de los acontecimientos, ni modificar las reglas de vida de toda una sociedad; de lo más que nos pueden servir será de ejemplo, de precedente y esquema de esa existencia que, sólo dentro de mucho tiempo, llegará a ser una bella realización; porque la *evolución*, en este sentido, es lenta. Solamente una conmoción profunda, radical; es decir: una *resolución*, podría acelerar el curso de los hechos y, renovando, subvirtiéndolos todos los valores éticos y económicos, contribuir intensamente a la transformación de las relaciones espirituales y fisiológicas entre el hombre y la mujer. Un ejemplo de este tipo de conmoción podemos encontrarlo en los hechos revolucionarios que han sacudido a Rusia en los últimos quince años. La revolución, en su obra demoledora y renovadora, no podía menos de remover, desde la base a la cúspide, el edificio de la gran mentira de la sociedad burguesa. Ahora bien: del choque violento entre el movimiento purificador derivado del ímpetu revolucionario y la vieja moral, aún no desarraigada de la conciencia de las masas, no podía salir, al menos en los primeros momentos, otra cosa que un cierto confusio-

nismo, lleno de paradojas y de hipérbolos, mezcla de una relajación total de los sentidos y una austeridad tan rígida como estéril. La explicación de tal confusio-

nismo nos sale al paso, viendo cuántos son los que, creyendo haber ya superado a todo sentimiento, cuando, en realidad, el sentimentalismo está tan profundamente arraigado en ellos como en la mayoría; considerándose por encima del bien y del mal, mientras, por el contrario, hállanse, en realidad, fuertemente ligados a sus instintos y pasiones —unos y otras bellos, a veces, pero también, no pocas, bajos y mezquinos—, obran de tal manera que su conducta incoherente y arbitraria se traduce en manifestaciones caóticas que inevitablemente han de reflejarse en todos los órdenes de la vida y costumbres de la sociedad. Desde luego, los movimientos revolucionarios no tienen otra significación que la de situaciones transitorias, accidentales, en el proceso de una sociedad que, perdido su antiguo equilibrio, se estremece en retorcimientos fecundos hasta parir el equilibrio nuevo. Mas, con todo, son movimientos trascendentales, porque son los más prolíficos en intentos y aun en realizaciones renovadoras.

* * *

Sobre el momento revolucionario de la vida afectiva y sexual de la juventud rusa, el cuadro que más se acerca a la realidad, al menos en cuanto se refiere a los tanteos realizados en busca de una nueva Ética sexual, nos lo presenta el escritor Lev Goomilevsky, en su novela *El amor en libertad*, la cual me ha servido de guía en este estudio, conjuntamente con *La bolchevique enamorada*, *La mujer nueva y la moral sexual* y *Abejas proletarias*, de la escritora Alejandra Kollantay.

En todas estas obras se trata el problema del amor y las relaciones sexuales, no como resultará planteado dentro de cinco mil años, sino como se halla planteado hoy, en el momento actual, o bien en los turbulentos días del período revolucionario. Sus protagonistas pertenecen a la juventud que, venida al mundo en plena revolución, llegó a la conciencia, cuando ya una gran parte del viejo escenario de la farsa y de la opresión habíase desmoronado, al menos en el orden ideal; a esa juventud que, por haber entrado en la vida bajo auspicios de entusiasmos nuevos, por llevar en la sangre gérmenes de rebelión, busca una existencia desconocida y mejor, y mira a lo actual con ojos que diríanse azeados a la contemplación de la verdad y de la justicia, mientras que, ¡ay!, la justicia y la verdad están, de hecho, muy lejos todavía de esta actualidad que aún no «cree» en la libertad ni en sus posibilidades creadoras en todos los órdenes, tanto en el político como en el económico y en el moral.

* * *

En cuanto respecta a las relaciones sexuales y sentimentales entre el hombre y la mujer, si bien es cierto que una nueva concepción ha conquistado a los jóvenes de los dos sexos, no lo es menos que todavía no se ha llegado a comprender toda la importancia que para aquéllas tiene el factor «Libertad». Parece como si una monomanía de materialismo a ultranza, un «sobismo»

de no ver más que el lado fisiológico, se hubieran apoderado de la generalidad de las gentes. Y niéganse los sentimientos, so pretexto de que forman parte en la vieja concepción burguesa, de la cual es preciso liberarse así como de todos los prejuicios del pretérito.

Lo mismo en el libro de Goomilevsky que en los de la Kollantay, encontramos personajes impulsados por esta ideología, obsesionados con el «lado fisiológico» de las relaciones entre el hombre y la mujer.

(Concluirá.)

La solidaridad moral y las realizaciones colectivas

Santiago Valentí Camp

Escudriñar en la manera de producirse los fenómenos colectivos, como efectos de determinadas causas coexistentes, constituye, en la hora actual, la más imperiosa de las exigencias íntimas para cuantas individualidades suspiren por mejorar las condiciones de vida de las muchedumbres. El más alto título que puede ostentar el observador sagaz de las funciones del cuerpo social, es el adquirir aquellos medios de estudio que le permitan ampliar su conocimiento del ambiente en que se desenvuelve la actividad de los pueblos.

Descubrir las leyes que rigen el proceso genético de los diversos núcleos, clases, entidades y corporaciones, es más útil y fecundo que circunscribir la analítica a reconstituir la participación que tuvieron, en los acontecimientos de mayor resonancia, los hombres llamados representativos.

Lo que más interesa y reviste mayor trascendencia en el resurgimiento de una nación es averiguar la influencia que ejercen las doctrinas, los postulados y las normas al trocarse en creencias, aspiraciones y anhelos de la muchedumbre. Para penetrar en el alma colectiva precisa inquirir en su pasado, único modo de descubrir en los individuos y las agrupaciones el fondo oculto, las fuerzas ignotas que guían las impulsiones de todo agregado humano. Más que de ocuparnos de la forma exterior de sus instituciones políticas, de la manera de vestir sus habitan-

tes, de las manifestaciones verbales, de la actitud y del gesto, de lo meramente episódico y anecdótico, hay que ahondar en la mentalidad y el carácter, en las cualidades étnicas, en las energías somáticas y psicológicas, en las inclinaciones de los temperamentos predominantes, en la laboriosidad y el espíritu emprendedor de los elementos directores, y en sus dotes peculiares para adecuarse al medio cósmico y a las condiciones económicas que la concurrencia impone a los pueblos, para cumplir sus destinos y hacer frente a las necesidades inherentes a la convivencia en el orden internacional.

El genio de las estirpes, en nuestro tiempo, se revela por la capacidad que éstas muestran para expansionar su espiritualidad y, con ella, los productos de su suelo y sus manufacturas. La vitalidad de las naciones depende esencialmente del nivel general de cultura que alcanzan, del criterio que el Poder público desarrolle en la actuación gubernamental, del objetivo que guíe a la acción social y del sentido ético que inspire la gestión individual y la de las agrupaciones en que se congregan las gentes más inteligentes, ilustradas y que tienen una concepción más clara de lo que significa la labor tutelar que llevan a cabo las personas y los organismos cultos, como ejemplo y como estímulo para incitar a los estamentos medios y humildes a que perseveren en su obra.

La Pedagogía, considerada en el aspecto

social, difundiendo los sistemas, métodos y procedimientos didácticos, contrastados en la piedra de toque de la experimentación, divulga y vulgariza, hasta los últimos confines de la nación, los principios en que se asienta la investigación científica.

Al acrecentar en el individuo las tendencias hacia un mayor sentido de sociabilidad, promuévese el asociacionismo en sus distintas modalidades, consiguiéndose así que las iniciativas laudables obtengan una acogida cordial, porque el éxito es el mayor aglutinante para unir a aquellas gentes recelosas y descreídas, que tan sólo deponen su individualismo a ultranza y su malentendido concepto de la autarquía ante los triunfos innegables que se obtienen mediante la colaboración.

Es notoria la eficiencia que llega a lograrse en todo género de empresas innovadoras cuando, para la consecución de fines comunes, los individuos constituyen potentes sociedades o bien cooperativas de producción. El espíritu de solidaridad ha llegado a significar el valor moral que en nuestra época reviste la máxima trascendencia, porque encarna el criterio afirmativo y constituye la base fundamental para poder constituir la sociedad de mañana, en el mutuo consenso que habría de ser pródigo en óptimos resultados, porque permitiría las más audaces realizaciones en Economía, cultura intelectual, asistencia, arte, etc. Entonces, con menos esfuerzo del que actualmente empleamos, no sólo disminuirían los riesgos, y por lo tanto los quebrantos que ocasiona la lucha desleal, sino que podría gozarse de plena salud; se conquistaría la personalidad en la juventud, y no, como ahora, en la madurez; se trabajaría con mayor destreza; sería más fácil educarse y vivir intensamente; forjaríanse las personas un tanto cultivadas una vasta concepción de la existencia; la manumisión de la mujer permitiría a la institución familiar, establecida en la equiparación moral y jurídica de los sexos, desempeñar mejor la función genética: la madre criaría a los hijos siguiendo los preceptos de la Higiene y sin agotar las energías de su organismo; los derechos cívicos se ejercerían con celo y dignidad, y el nivel medio de los ciudadanos ascendería; se evitaría el paro forzoso, y, con él, las crisis periódicas y el infortunio de las falanges obreras; el descenso de la delincuencia por robo y hurto se reduciría considerablemente como en Holanda y Dinamarca, cuyas cárceles no albergan, por

fortuna, más que a los vigilantes que cuidan del aseo y conservación de tales edificios; en suma, el solidarismo moral contribuiría al aumento de las energías físicas de las razas y de su capacidad intelectual, aprovechando el vigor heredado y las aptitudes que el aprendizaje y la formación espiritual ponen al servicio de la individualidad, para que ésta haga de tales atributos el uso discreto que aconsejan el buen sentido y la discreción, pero no para derrocharlas necia y torpemente, como acontece ahora, en perjuicio propio y con daño de sus semejantes.

Siendo inseparable la vitalidad unipersonal de la colectiva, toda dualización teórica y especulativa ha de considerarse absurda, porque no sólo es ilusoria y falsa, sino altamente perniciosa. La dualidad de criterio, en cuanto atañe a los problemas sociales, carece de todo valor, pues es irreal y únicamente sirve para despistar a los inquiridores de buena fe, que se dejan deslumbrar por las frases pomposas pero vacías de contenido ideológico y exentas de sentido pragmático.



Lo que decían, antes de la República, los hombres de la República

Hay un elocuente poema de Jean Richelieu, que comienza con este verso doloroso:

*Voici venir l'hiver,
bourreau des pauvres gens!*

Ya se acerca el invierno, verdugo de los pobres. Ya se acerca, y en Inglaterra anuncian los periódicos que hay a estas fechas 350.000 obreros sin trabajo. El Gobierno inglés está hondamente preocupado con la situación. No se olvide que estos 350.000 obreros son casi todos ex soldados, excelentes sabedores de su oficio militar no menos que de su oficio civil. No se olvide tampoco que el hambre es mala consejera. Y se comprenderá que el Gobierno inglés se preocupe del paro forzoso todavía más que de la huelga minera o de la cuestión internacional.

Y ahora obsérvese que Inglaterra es, salvo los Estados Unidos, el país más próspero del mundo. Si, pues, aquí el paro forzoso adquiere proporciones colosales y quita el sueño al Gobierno, ¿qué será en otros países menos afortunados?

Se da en el momento presente un conjunto de circunstancias que no puede ser más vergonzoso para las clases que hasta ahora han llevado sobre sí los privilegios y la responsabilidad del Gobierno del mundo. En Inglaterra, por ejemplo, el paro de un número enorme de obreros coincide con la falta total de mercancías de primera necesidad, tales como, por ejemplo, las viviendas, mientras que otras mercancías superfluas, como los automóviles de lujo, inundan el mercado. En el mismo instante en que se anuncia oficialmente que van a subir los precios, ya exorbitantes, de los víveres, aparecen sueltos de Prensa relativos a la crisis del automóvil

de lujo, que no halla demanda suficiente a la proporcionada oferta actual.

La industria del calzado presenta los caracteres siguientes: reservas de manufactura enormes; paro forzoso por falta de demanda a causa de los precios excesivos, y verdadera necesidad de calzado en el público, que no compra por falta de poder de compra. Cualquiera otra industria daría resultados análogos.

Esta situación no tiene más que un nombre: anarquía (1). Y las causas de ella han de buscarse en la forma peculiar en que se hacen hoy las operaciones comerciales. El comercio es hoy, como ha sido siempre, el intercambio de productos y servicios a satisfacción de ambas partes. Pero así como un tiempo se hacía este intercambio de modo directo y, más adelante, por medio de una mercancía media común y neutra, llamada moneda, hoy se efectúa, en la inmensa mayoría de los casos, por medio de una operación de índole en el fondo psicológica, llamada crédito. Una Empresa (Banco), dedicada a negociar en esta clase de operaciones, otorga su confianza al fabricante para que éste pueda comprar sus primeras materias y pagar a sus obreros. Este otorgamiento de confianza se llama «abrir un crédito». El fabricante, al cobrar su mercancía, ya fabricada, entrega una proporción de sus ganancias al Banco, en pago de la confianza otorgada. A su vez, el Banco puede otorgar tal confianza porque él ha recibido en pequeñas dosis de sus numerosos clientes cuentacorrentistas,

(1) La palabra anarquía significa aquí, como siempre que la usan los escritores burgueses, desorden.—
N. E.

sin contar con que cuando ya lleva algún tiempo establecido, puede darla a descubierto; es decir, puede «crear confianza» *ex nihilo*. Este es el resorte del sistema comercial moderno.

Consecuencia de tal sistema es que el banquero es el dueño del comercio, y, por lo tanto, de la producción. Normalmente, o, quizá fuera mejor decir lógicamente, la producción debiera estar al mando del consumo. Así, por ejemplo, hoy los miles de familias que están sin casa debieran mandar a la industria edificadora que hiciese viviendas. En la práctica actual, la industria de las casas, como todas las industrias, tiene que seguir las órdenes que recibe de los monopolizadores de crédito. Los cuales, claro está, otorgan su confianza al mejor postor. Resulta, por lo tanto, que no se fabrica lo que hace falta, sino lo que da más dinero. Apliquemos la regla al caso de las viviendas. Mientras en todas las ciudades de Inglaterra faltan casas para habitar, en todas se están construyendo nuevos y superfluos cinematógrafos y grandes almacenes de venta de artículos de lujo.

En suma, puede definirse la industria moderna del modo siguiente: Es una inmensa fábrica de dividendos que emplea como materias primeras o en curso de transformación los artículos de consumo. Como el sobreprecio que se puede cargar a los artículos de consumo es mayor cuanto más caro y superfluo es el producto y más rico el cliente, la industria moderna tiende fatalmente a satisfacer las superfluidades del rico a expensas de las necesidades del pobre.

Esta diferenciación entre ricos y pobres se hace primariamente entre individuos; pero también se aplica a las naciones. Inglaterra y los Estados Unidos consumen cantidades fabulosas de artículos de lujo, mientras otras naciones más pobres no tienen qué comer. La situación empeora al intervenir en la repartición del crédito los prejuicios y resabios nacionales que la guerra ha dejado tras sí. Así, por ejemplo, las casas inglesas esperaban grandes beneficios al abrirse el mercado centroeuropeo. Los aquí residentes recuerdan que al año, o así, del armisticio, los pañeros de Bradford se negaban a vender a sus nacionales paños sastre, que poseían en abundancia en sus almacenes, a precios que no fuesen exorbitantes, porque, alegaban abiertamente los pañeros, el mercado alemán, vaciado por la guerra, se iba a abrir y

pagaría al precio que se le pidiera. Pero el caso es que Alemania no tiene crédito con que comprar paños extranjeros, porque sus ex enemigos no se los otorgan. Y los pañeros de Bradford se quedaron sin su soñado negocio. Por falta de créditos, Europa no puede trabajar; luego no puede comerciar. Y de aquí que hay paro forzoso en Inglaterra. Esta política de equivocada pasión se llama en Inglaterra «cortarse la nariz para que se fastidie la cara».

SALVADOR DE MADARIAGA

La Libertad, Madrid, octubre 1920.

La esperanza

Chesterton

Esperanza es la fuerza que nos llena de ánimo cuando estamos desesperados. Cierto es que hay un estado de esperanza que se posa en las perspectivas claras y en el lucero; pero esa no es la virtud de la esperanza. La virtud de la esperanza existe solamente en la catástrofe y en el oscurecer. Cierto es que hay una cosa crudamente llamada caridad que es el socorro que se hace al pobre que lo merece; pero el socorro que se hace a quien lo merece no es caridad, es justicia. Es quien no la merece el que necesita de ella, y el ideal o no existe del todo o existe enteramente para ellos. Para fines prácticos, es en el momento desesperanzado cuando necesitamos del hombre esperanzado, y la virtud o no existe del todo o empieza a existir en aquel momento. Exactamente en el instante en que la esperanza cesa de ser razonable y empieza a ser útil.

Aviso

Con objeto de reunir la colección completa, si algún lector de ESTUDIOS (antes GENERACIÓN CONSCIENTE) hiciese el sacrificio de desprenderse de alguno o de todos ellos, de los números 1, 2, 3, 4, 5 y 6, de la citada Revista, puede remitirlos a nombre de José Ortiz, calle Tudela, 23, Tarazona (Zaragoza). Pagaré el doble de su importe, a correo seguido, por giro postal.

Las trascendentales experiencias del doctor París

Benigno Bejacano

II

La casa del doctor París no sólo era pobre, sino que ni era casa. Tratábase de un viejo barracón de tablas construido por el propio doctor en las afueras de la improvisada ciudad colonial.

Contiguas a ella había otras barracas, edificadas por humildes menestrales emigrados de la metrópoli; rápidamente organizados en población bajo el estímulo galvánico de la guerra. Luego la guerra había cesado, y las barracas y los hombres, sorprendidos por la paralización de la catástrofe, languidecían como quelonios en el período de su sueño invernal, suspirando por una nueva insurrección y por otro ejército de operaciones que llegara a sofocarla. Después de cuarenta siglos de civilización, el hombre seguía estimando el matar como el mejor medio de vivir.

El doctor París era un producto de la tregua. De un modo cierto, nunca se supo cómo había llegado allí ni qué había hecho durante la guerra. Se le vió florecer con la paz, como si, soldado, hubiera arrojado el fusil al dispararse el último tiro y corriera a ponerse al frente de sus reportas de alquimista maravilloso. Toda su historia pública consistía en saberse que carecía de ella. Su reputación era de loco, como la de casi todos los hombres que verdaderamente no lo están. Si la sociedad consentía en dejarle suelto por las calles de una ciudad colonial, era porque una ciudad colonial necesita de todo: de locos, generales, fakires, piratas, negros, hebreos y prostitutas. Y de la comparsa indispensable, como el coro griego: soldados.

Don Lucas llegó sofocado bajo el sol calcinante de Africa. Era viernes.

El doctor París, recostado en una hamaca marinera a la sombra del pequeño patio, acogió al visitante con su nativa cordialidad de hombre del Sur.

—Deje usted el sombrero y el bastón ahí —señaló—. Ahora, ¿quiere usted que pasemos a ver la República de Koch, o prefiere tomar antes alguna cosa?

—Ardo en deseos de visitar esa República; pero deme primero un vaso de agua. ¡Este calor!... Vive usted en un barrio extraño.

—Un barrio de gitanos. Casi todas las personas sin reputación vivimos aquí. ¿Quiere usted otro?—ofreció señalándole la botella.

—Gracias. Pasemos ahora a ver ese munitillo.

El doctor París se vistió la americana blanca de dril y llevó a don Lucas fuera de la barraca. Se detuvieron en la puerta de otra vivienda inmediata e igual, en la cual llamó el doctor.

—¿Tiene usted aquí el laboratorio?—preguntó don Lucas.

Un hombre de unos cuarenta años, tosco y de facciones deprimidas por el alcohol, salió a abrirles.

—No —respondió el doctor—. Este es el gran palacio industrial de géneros de punto propiedad de mi excelente amigo el señor Humberto, a quien tengo el honor de presentar a usted.

El hombre de las facciones deprimidas por el alcohol sonrió con sonrisa blanca e idiotizada a las palabras grandilocuentes del médico. Entraron.

—Aquí tengo —amplió el doctor París penetrando en una salita— mi equipo de ensayos, fortuitamente instalado sobre una vieja máquina de hacer medias. Hela ahí.

Don Lucas miró a un rincón en la penumbra y vió, en efecto, una vieja máquina de calceta, con manivela para ser accionada a mano.

—Dé luz, Humberto—dijo el doctor.

El hombre nombrado obedeció en silencio.

Sobre la vieja máquina veíase cabalgar, sin estorbar sus movimientos, un potente microscopio especial, hasta el que descendían algunos hilos de la luz eléctrica. El microscopio constaba de dos oculares, y el doctor París había conseguido en él aumentos fantásticos con intervención de la corriente eléctrica.

Don Lucas, a la vista de esta insospechada instalación, se mostraba algo impresionado.

—Sobre esta máquina de trabajo —explicó el doctor París aproximándose— murió, tuberculosa, una honesta operaria anónima: la esposa de mi querido amigo el señor Humberto Costa (señaló al silencioso testigo de la escena, quien bajó la vista en demostración de asentimiento). Lo extraordinario no es que muriese sobre una cansada máquina industrial una mujer tuberculosa. La estadística demográfica de las grandes ciudades señala hechos parecidos casi todos los días. Lo que aquí ocurrió bajo la apariencia de esa efemérides vulgar, es lo que ya no se repetirá ordinariamente. Aquí ha nacido un mundo y el principio de una nueva metafísica.

Hizo una pausa breve para localizar la lente del microscopio. Se volvió otra vez hacia el intrigado visitante.

—La anécdota del suceso fué vulgar, y carecería de todo interés por sí misma si no fuera por el que le asigna su importancia histórica en el porvenir. Ocurrió una de esas tardes cortas y rápidas de diciembre... La enferma trabajaba fatigosamente sobre su vieja máquina inseparable; estaba ya en el último grado de su dolencia. De improviso, un acceso de tos, un ligero estremecimiento, y su cabeza se inclinó a un lado para siempre. Había muerto. Una imperceptible partícula de sangre, proyectada al espacio desde los labios de la enferma por la violencia de la tos, vino a detenerse en esta ruedecilla... Fué el nuevo Génesis. Ahora verá usted en lo que se ha convertido ese insignificante fenómeno casual.

Hizo aplicar un ojo a don Lucas a uno de los oculares del microscopio, y aquél, tras de un corto examen, retrocedió vivamente afectado. En la ruedecilla señalada anteriormente por el médico, enfocada por el aparato, el profano había visto agitarse una humanidad entera de seres vivos, patéticamente agrandados por los tres mil aumentos del microscopio.

Don Lucas, mirando alternativamente al doctor y al aparato, se inclinó luego para examinar la ruedecilla; en sus ojos se descubría la expresión hurañamente recelosa del que teme haber sido víctima de una ingeniosa superchería.

En la ruedecilla no descubrió nada, naturalmente. Estaba allí, inmóvil, pequeñita, insignificante, limpia, muerta...

—Humberto —indicó el doctor—. Puede usted ponerse a trabajar si quiere.

El hombre alcoholizado, ajeno por completo a las raras experiencias del doctor París, arrastró una baja silla de enea y se puso a concluir una calceta a medio comenzar que estaba sobre la máquina. La ruedecilla empezó a girar arrastrada por el funcionamiento general del asmático artillugio.

—Ahora va a contemplar usted un mundo en plena actividad —repuso el médico—. Aproxímese.

Don Lucas, con un poco de recelo aún, ocupó uno de los oculares del microscopio. El doctor París se colocó en el otro.

El espectáculo que se desarrollaba debajo de la lente del aparato no tenía ninguna diferencia con el de una vasta población humana, en un continente de la Tierra, a la hora de la salida del sol. Pequeños cuadriláteros, diseminados como los puntos de una carta geográfica, señalaban la existencia de las ciudades, por cuyas calles empezaba a hormiguar una muchedumbre de seres agitados bajo el apremio de las más serias y diversas ocupaciones. Se les veía salir de las casas poniéndose aún el sombrero, con papeles bajo el brazo; cambiar un saludo breve con el vecino, encender un pitillo, tomar un vehículo, comprar un periódico, mirar el reloj, volver una calle, cruzar una plaza, esperar el turno de las señales luminosas, bajar al metro, salir, entrar en una oficina... Vehículos de extraordinario tamaño transportaban grandes masas de pasajeros de un extremo a otro de las ciudades; en los estribos, algunos bacilos pequeñitos recorrían cortos trayectos, pertinaces, alocados, gozo-

nos de burlar la vigilancia de los cobradores... En las esquinas, en las plazas, graves y hieráticos gendarmes armados guardaban el orden. Los edificios públicos, los Bancos, las catedrales, alzaban sus muros orgullosos sobre las viviendas miserables, sobre las casas con efectiva utilidad. Rosarios de gentes enlutadas, de paso tardo, tristes, premeditadamente tristes, entraban y salían en las iglesias lóbregas. Los coches centelleantes de los banqueros atropellaban aquí y allá un par de alpargatas y una blusa, dentro de las cuales iba un albañil. El coche seguía luego rodando hasta alcanzar a un tendero o a un burócrata. Peatones, muchedumbres de peatones brotaban de todos los nichos de la ciudad para cubrir las calles con el éxodo nimio de sus problemas cotidianos...

El doctor dejó de mirar un momento y articuló algunos resortes del microscopio.

—Vamos a reducir ahora el campo de visión y podrá usted asistir a algunas escenas locales. Al propio tiempo, quiero que oiga usted hablar a esta genticilla.

—¿Oírla?

—Sí. Ya le dije a usted que había ideado también un curioso aparato multimicrofónico para intensificar el sonido de sus voces.

—Pero, ¿y entenderlos, cómo los entenderemos?

—Desde el primer instante y con extraordinaria facilidad. Aunque en su desmedido orgullo de presuntos señores del Universo se imaginan haber creado perfectísimos y complicados idiomas, para nosotros resultan tan sencillos como puede resultar el nuestro al entendimiento de una inteligencia superior. Ahora lo verá. Aplíquese usted ese tubito al oído y acérquese otra vez.

Don Lucas obedeció con movimientos entorpecidos por el creciente asombro. El profesor de Historia (don Lucas era profesor de Historia y Heráldica) fluctuaba aún en la duda de admitir o de rechazar todo aquello como un fraude.

Bajo el ojo de cílope del microscopio aparecía ahora, perfectamente visible, una calle de la ciudad. En un recodo, hacia el final de esta calle, don Lucas se fijó en un bacilo con bastón y hongo que caminaba a paso lento, como recreándose en el espectáculo de la mañana naciente. Si la serenidad del profesor de Historia no se sintiese turbada, hasta habría podido oír la alegre cancioncilla que el propietario del hongo iba silbando entre dientes. Era una bacteria feliz, acaso

un rentista madrugador y animoso, con cierta dulce preocupación por la vida higiénica.

Al llegar a una especie de plazoleta, detúvose ante una tienda abierta, en cuyo portal conversan dos individuos. Era una farmacia. El dueño se distinguía fácilmente por su batín blanco, impecable, y por la calvicie, ostensiblemente prematura.

La bacteria del hongo saludó familiarmente:

—Santos y buenos, señores...

Los dos conversadores se volvieron.

—¡Hola, don Néstor! Cómo se madruga, ¿eh?... ¿Qué tal va ese reuma?

—¡Pchs! Vamos tirando. Estas mañanas nubladas no me sientan muy bien. Pero hay que salir, hay que oxigenarse. ¿Y ustedes?

El doctor París, al darse cuenta de la observación del microbio del hongo, había dejado el aparato para examinar a simple vista la ruedecilla. Un pequeño corpúsculo algodonoso, procedente de la calceta que fabricaba el señor Humberto, hallábase suspendido cerca de la rueda. El doctor París lo quitó delicadamente con la punta de su alfiler de corbata.

—¡Vaya! —comentó el bacilo don Néstor con aire satisfecho—. Parece que se retiran esas nubes. Hoy tendremos mejor día que ayer.

Entró una muchacha en la farmacia; una bacteria pequeñita, ondulante, graciosa, recién peinada. Los tres hombres la requebraron alegremente; la muchacha sonrió y se ruborizó. El farmacéutico pasó a despacharla.

—¿Qué le han parecido a usted las declaraciones del honorable Montfernach? — preguntó el bacilo que se había quedado con don Néstor.

—No las he leído; no leo ahora nada ni me ocupo de nada.

—La cosa está grave.

—Parece que está bastante grave. ¿Y qué dice el honorable primer ministro?

Pasaba un carro de la basura, cuyo conductor hacía sonar atronadoramente la trompeta amarilla: «¡Puff! ¡Puff! ¡Puffff!...»

—¿Cómo dice usted? — interrogó don Néstor haciendo pabellón con la oreja para neutralizar los zumbidos de la corneta.

—Según las declaraciones, parece que el Consejo no está dispuesto a tolerar las manifestaciones callejeras que se vienen produciendo estos días.

—Eso está bien. El orden, ante todo. Sin orden no se puede vivir.

—Ha manifestado que se halla dispuesto a llevar a la Cámara un proyecto de ley encaminado a facilitar la expedición de las vanguardias exploradoras, a fin de que se compruebe debidamente si los pulmones denunciados están en condiciones de que se verifique sobre ellos la expedición. Desde luego, este asunto va a traer cola.

—La tiene ya. ¿Quién fué el que formuló la denuncia?

—Un diputadillo comunista, los de siempre. No saben cómo soliviantar al pueblo y recurren a todos los procedimientos.

—Lo peor de todo —deploró el microbio del hongo con un suspiro— es que el terreno está abonado... Hay hambre; hay verdadera hambre en las clases bajas.

—Habrá usted adivinado a quién se refieren... —observó el doctor París a don Lucas.

Este se incorporó, con los ojos medio extraviados.

—Es evidente que hablan del general Gálvez.

El doctor París asintió.

—Lo más chocante de esta experiencia a que me hace usted asistir —comentó el profesor de Historia— es la correspondencia existente entre los problemas, actividades, preocupaciones y hasta nimiedades de este ínfimo mundo y el nuestro.

—Es chocante porque nos dejamos arrastrar por la sensación de volumen. El hombre ha luchado toda la vida, sin éxito, con el concepto abstracto de la dimensión. Habiéndose tomado como medida fundamental a sí mismo, le es imposible comprender que un ser, quinientos billones de veces más pequeño que él, pueda ir al casino, fumar, hablar de política, dictar leyes y tomar el aperitivo metódicamente a las once de la mañana. ¿Por qué? Sería absurdo el intento de legitimar la inteligencia por el tamaño de los seres. Una hormiga es incomparablemente más pequeña que un mamut, y es más inteligente que éste. El mismo hombre no posee la talla de un diplodoco, lo que no impide que, en ciertos aspectos, sea un poco menos animal que aquél. En fin, estamos teorizando inútilmente, porque aquí existe un hecho consumado que vale por todas las teorías. Las bacterias están dotadas de una vida intelectual análoga a la del hombre, señor hasta hoy del Universo. En cuanto a sus con-

ceptos filosóficos, metafísicos y éticos, los sostienen con tanta firmeza, gravedad y petulancia como usted sostiene los suyos. Estos señores (señaló la ruedecilla con el dedo meñique) mantienen también la hipótesis de un dios. La otra tarde tuve ocasión de comprobarlo. Unos cuantos bacilos creyentes oraban con fervorosa devoción en el templo: «¡Oh Dios, oh bondadoso Señor omnipotente! ¡Acompáñanos con tu infinita misericordia en esta espléndida morada que nos has concedido!...» La espléndida morada que se les ha concedido es la ruedecilla anónima de una máquina de hacer calceta; el Génesis fué el esputo casual de una tísica, y el Dios a quien lógicamente se refieren..., mírelo usted, ahí está sentado: el señor Humberto Costa, el propietario de la máquina, el que la mueve... Es el indiscutible Padre Eterno de este Universo. ¿Quiere usted creer que ni siquiera se ha enterado de que ejerce tan elevada magistratura?

(Continuará.)

La risa

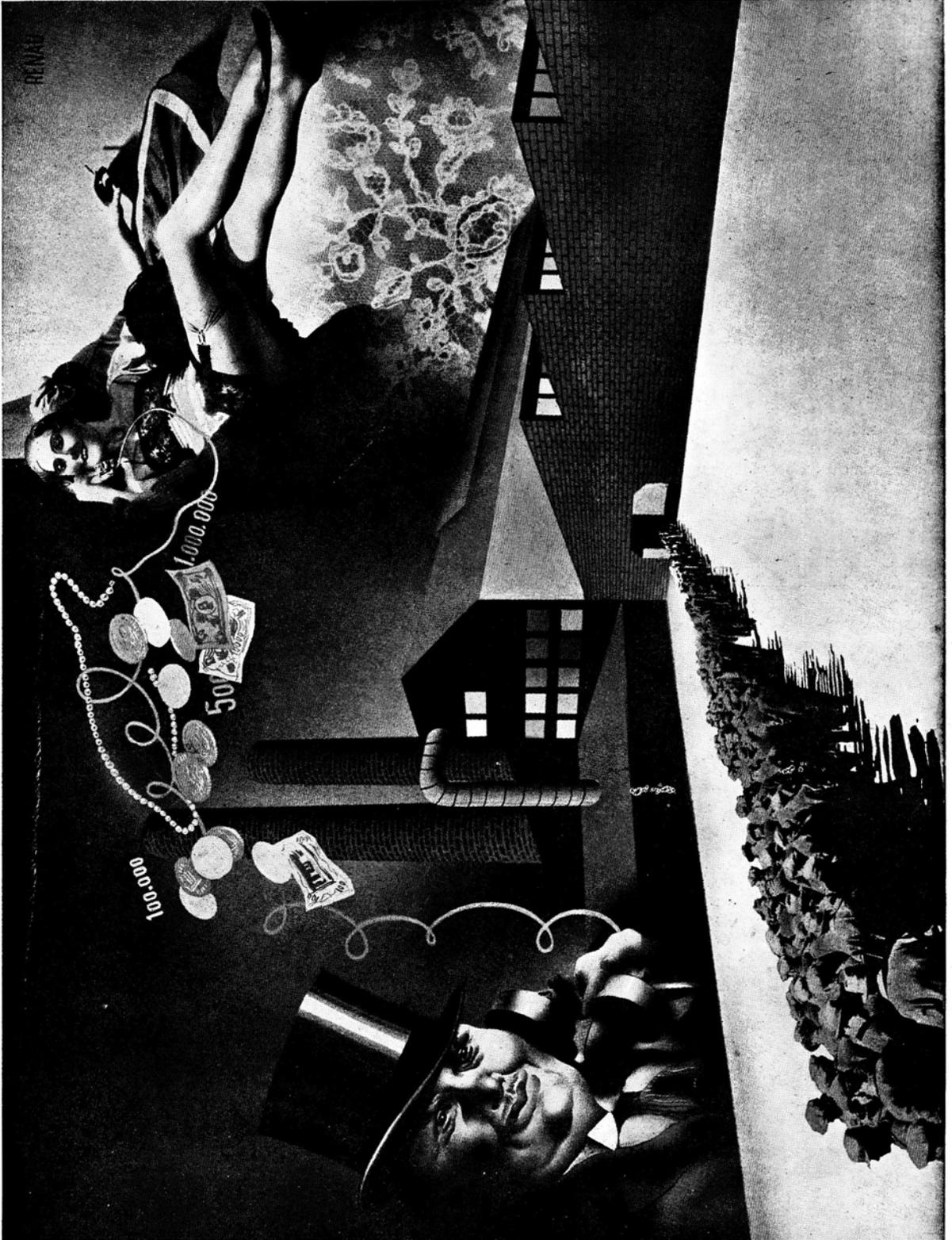
Schopenhauer

La risa no tiene otra causa que la incongruencia repentinamente percibida entre un concepto y el objeto real que por él es pensado en algún respecto, y es sólo la expresión de tal incongruencia. A menudo es originada por el hecho de ser pensados dos o más objetos reales bajo un concepto, trasladando a ellos la identidad de éste; dada la completa diversidad de los mismos, el concepto no les cuadra más que parcialmente. A menudo también se trata de un solo objeto real, cuya incongruencia con el concepto, al cual legítimamente es subsumido en uno de sus aspectos, se nota repentinamente. Cuanto más legítima es en un respecto la subsunción de tales realidades bajo el concepto y cuanto mayor y más detonante por otro su incongruencia con él, tanto más fuerte es el efecto cómico que nace de esta oposición. Por consiguiente, la risa se produce con ocasión de una subsunción paradójica y, por tanto, inesperada, ya se exprese con palabras o con actos. Esta es, brevemente, la verdadera explicación de lo risible.

P a i z a i e

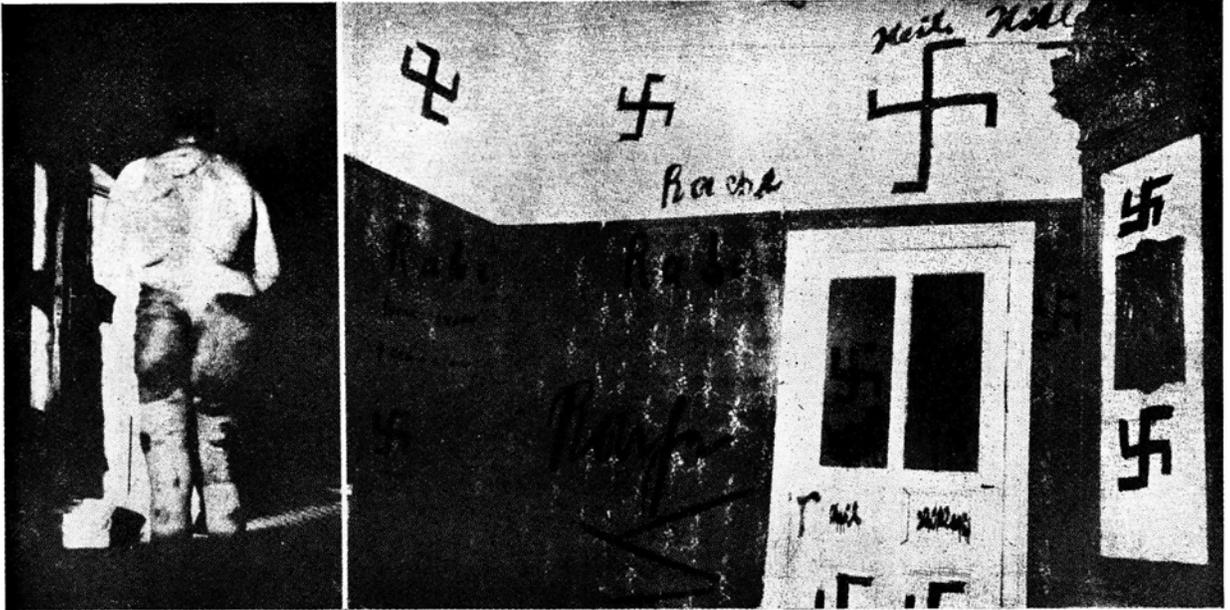
C a p i t a l i s t a

FOTOMONTAJE
DE JOSE RENAU



BAJO EL SIGNO DE LA CRUZ GAMBADA

DOCUMENTOS DEL TERRORISMO FASCISTA EN LA ALEMANIA DE HITLER



Una mujer maltratada por los «nazis». Este documento nos ha sido remitido por una persona de absoluta confianza, que nos ha comunicado al mismo tiempo el nombre de la víctima, empleada en la Previsión Social de Berlín. La infeliz mujer ha fallecido víctima de las atroces heridas.

Una habitación obrera en Berlín saqueada por los «nazis», que han pintado en las paredes la cruz gambada y han escrito: «¡Venganza!» «¡Viva Hitler!»



El antiguo marino de la flota imperial, Bernhard Kuhn, que fué uno de los jefes de la sublevación de 1918, ha sido detenido por los «nazis» en Chemnitz y paseado sobre una carreta a través de las calles. Fué obligado luego, junto con otros detenidos, a lavar las paredes y las vallas de la ciudad

Sabios verdaderos y sabios oficiales

Han Ryner

Las listas de los llamados Siete Sabios de Grecia son varias, y cada una de ellas da nombres distintos; si los reuniéramos todos en una sola enumeración, los Siete Sabios ascenderían a dieciséis. Platón, en el *Protágoras*, pone en boca de Sócrates los siguientes personajes que han quedado, salvo leves excepciones, como clásicos, a saber: Tales, Pitaco, Bías, Solón, Cleóbulo, Myson y Quilón. Ordinariamente, Myson, de quien tan sólo se sabe que era labrador y a quien algunos autores atribuyen la paternidad de la famosa máxima «Conócete a ti mismo» —comúnmente otorgada a Quilón—, hállase reemplazado por Periandro.

Este individuo fué el abominable y odioso tirano de Corinto. No cabe duda de que supo ostentar la alta sabiduría de despreciar el «tabú» del incesto y de amar a su madre Cratea, puesto que ello satisfacía a los dos. Pero tanto su fría crueldad como su cólera eran terribles. Cuéntase que en un acceso de furor precipitó, desde lo alto de las escaleras de su palacio a su esposa, que se hallaba encinta, la cual murió de resultas de la caída. En otra ocasión un habitante de Corcira dió muerte a Licofrón, hijo de Periandro, y éste, como venganza, quiso convertir a trescientos muchachos corcirenses en eunucos. A pesar de haberles recluído en departamentos especiales, una feliz casualidad arrancó de sus manos a aquellos jóvenes y el tirano murió, acosado por un espantoso ataque de ira, a los ochenta años de edad.

Periandro imitaba el famoso acto de Tarquino, que cortaba simbólicamente las flores más altas, cuando aconsejaba a su amigo Trasíbulo, tirano de Mileto, a quien decía: «El tirano debe sospechar incluso de su más íntimo amigo.» El que semejante hombre

ocupe un lugar en la lista gloriosa, ¿ha de atribuirse a su habilidad práctica? ¿O bien a unas cuantas máximas precisas y rotundas? Las siguientes podrían hacerle merecedor de consideración: «Sé modesto en la prosperidad y firme en la adversidad»; «Pórtate de manera invariable con tus amigos, tanto cuando se hallan en el pináculo de la dicha como cuando hayan caído en lo profundo de la desgracia»; «Las ganancias vergonzosas resultan un tesoro en exceso pesado». Pero contrastando con las anteriores, ha llegado hasta nosotros una sentencia suya que le califica como verdadero tirano y como glorioso precursor de los inquisidores y de Mussolini, al tiempo que le excluye de la categoría de los sabios. He aquí su regla moral: «No te limites a castigar el crimen, sino también la intención.»

Un atrevido palaciego preguntó un día a Periandro a qué era debido que no se decidiese a abdicar con el fin de que su senectud pudiese transcurrir plácidamente, lejos de la inquietud de la cosa pública, a lo que contestó el tirano: «Porque es tan peligroso abandonar el trono por propia voluntad como tener que huír del mismo, porque le echen a uno.»

Pitaco, el tirano de Mitilene, a pesar de las injurias con que le cubre el poeta Alceo, parece haberse comportado menos inhumanamente que Periandro. Por lo menos, así parece desprenderse de su gesto magnánimo al devolver la libertad a su enemigo el poeta Alceo, que en el azar de los combates cayó prisionero suyo, diciéndole: «Mejor es perdonar que castigar.» Pero las sentencias que de este monarca han llegado hasta nosotros son, más que otra cosa, sanos consejos de arribista. Veamos, si no: «Aprovecha

la oportunidad»; «No anuncies tus proyectos, porque si fracasaras se burlarían de ti»; «No critiques jamás a tu amigo ni ensalces a tu adversario». Pero de entre todas destaca una que, realmente, es más generosa: «Las verdaderas victorias son aquellas que se obtienen sin derramamiento de sangre.»

Aunque en cierta ocasión sentara el principio autoritario de que «El Poder es algo así como una prueba para el hombre», fatigóse de reinar. Y, después de haber abdicado, compuso indudablemente la máxima que se hizo célebre: «El peor de entre los animales feroces es el tirano; y el más odioso de entre los animales domésticos es el adulator.»

¿Podremos considerar a Solón como más digno de aprecio que este tirano de temperamento ambiguo, de cualidades heterogéneas? Creo que no, porque es culpable de haber lanzado a sus coterráneos a la guerra contra Salamina. Y, si sus leyes son más benignas que las de su predecesor Dracón, no fué ello tanto obra suya como consecuencia de la general dulcificación de las costumbres contemporáneas. Fué, eso sí, un poeta notable, y ha de conceptuársele, junto con Tales, como el mejor dotado, intelectualmente, de los siete sabios. Hasta el instante de su muerte continuó siendo un poeta y emitiendo máximas filosóficas: «Envejezco —decía— aprendiendo constantemente.»

Bías, en cambio, se nos parece como bilateralmente noble, puesto que aseveraba: «Todos mis tesoros los llevo conmigo», y, además, a pesar de hallarse dotado de una elocuencia arrebatadora, se negó siempre a defender las causas que le parecían injustas. Sus sentencias están revestidas de una sencillez bellísima: «Mientras te halles en la juventud dispón para tu vejez un viático de sabiduría: es éste el más cuantioso e inextinguible tesoro»; «No te precipites al lanzarte a las empresas, pero persevera en las que hayas emprendido»; «Desear lo imposible es una enfermedad del alma; pero existe otra dolencia espiritual peor que ésta, y es el no preocuparse de los males ajenos». Y esta última máxima refleja un vago escepticismo: «Ama como si algún día tuvieses que odiar, porque la mayoría de los hombres son perversos.»

A Quilón se le considera como autor de la sentencia: «Conócete a ti mismo», y que es la que encierra un más profundo sentido ético. Son debidas a él, además, las siguientes:

«Si eres poderoso, sé benévolo y procura inspirar más respeto que temor»; «Es preferible una pérdida a una ganancia vergonzosa; aquélla tan sólo te aflige una vez, en tanto que ésta te atormentará perennemente»; «Procura que tu lengua no se adelante a tu pensamiento»; «Demuestra mayor solicitud para con tu amigo cuando éste se halle en la desgracia.»

Cleóbulo, que ensalzaba siempre la medida y el justo medio, parécenos el precursor de Aristóteles moralista.

Pero, entre los Siete Sabios, hay un gran hombre verdadero, Tales de Mileto, padre de la filosofía natural y que elaboró, más que sentencias, una doctrina sistemática. El fué quien abrió las puertas de la historia de la filosofía y la ciencia griegas. Sus ingeniosas contestaciones han quedado como modelos de contundencia: «¿Qué es lo más grande?: El espacio, que lo contiene todo»; «¿Qué es lo más poderoso?: La necesidad, que todo lo somete»; «¿Y lo más sabio?: El tiempo, que lo descubre todo»; «¿Y qué es lo más común?: La esperanza, que queda aún en aquellos casos en que ya no nos resta nada.»

Los sofistas —cuyo título significa poco más o menos «sabios profesionales»— son, por término medio, muy superiores al común de los Siete Sabios oficiales, y cuentan entre ellos a inteligencias de primer orden, como Protágoras, Gorgias, Pródico, Sócrates e Hippias. Pródico y Sócrates son, tanto por sus palabras como por su conducta, dos verdaderos sabios —no oficiales, claro está— lo cual les valió la gloria de verse ridiculizados por sus contemporáneos y que les condenaran a beber la cicuta.

Entre la generación de los Siete Sabios (fin del siglo VII antes de J. C. y comienzos del VI) y la de los sofistas (siglo V), Pitágoras, que por este camino tuvo numerosos seguidores, había renunciado al título en exceso ambicioso y se llamaba a sí mismo, no sabio, sino simple Amigo de la Sabiduría —«Filósofo»—. No obstante, concedemos gustosos el título de Sabio a Pródico y a su discípulo Sócrates, a Diógenes, a Zenón de Citio, a Clenato, a Epicteto, a Dion Pico de Oro y a Epicuro. No vacilaríamos tampoco en otorgar el calificativo a Jesús si tuviéramos la seguridad de que el Sermón de la Montaña es auténtico. Incluso de entre los modernos, Spinoza, Tolstoi, Elíseo Reclus y Gandhi —a pesar del molesto relente de nacionalismo que

apunta en este último— son, a nuestro entender, sabios.

¿Y no debiera extenderse el título a todos los hombres buenos y tolerantes, tanto a los célebres como a los desconocidos, lo mismo a un Voltaire que a un Castellion? A menos

que no queramos, como los estoicos, reservarlo a un ideal tan absoluto que nadie pueda alcanzarlo, aun tal vez, en las ensoñaciones de los filósofos cínicos y en su leyenda semidivina, a Hércules, cuando la locura no le llevaba a dar muerte a sus hijos.

EL HOMBRE Y LA TIERRA

Por ELÍSEO RECLUS

¡PRONTO PENETRARÁ EN TODOS LOS HOGARES PROLETARIOS!

La entusiasta acogida dispensada a nuestra iniciativa de publicar esta maravillosa obra en cuadernos semanales, a cuarenta céntimos, nos impulsa a llevarla a la realidad en plazo muy breve.

A juzgar por el entusiasmo con que han correspondido la mayoría de corresponsales y suscriptores y por las cartas de aliento que nos llegan de todas partes, nuestra iniciativa será realizada con el más rotundo éxito, mucho mayor de lo que habíamos supuesto.

Inútil es decir que a esta general simpatía hemos de corresponder nosotros presentando una edición primorosa, esmeradísima, incomparablemente superior a cuantas hasta ahora se han hecho.

Ya hemos dicho que no se trata de un negocio editorial, sino de rendir el que consideramos más eficaz y útil homenaje a quien consagró su portentosa inteligencia a redimir de la ignorancia a las clases desheredadas.

LAS CONDICIONES PARA LOS CORRESPONSALES Y SUSCRIPTORES, SERAN LAS SIGUIENTES:

PARA LOS PAQUETES desde cinco cuadernos en adelante, a treinta céntimos cada cuaderno. Los pagos de los corresponsales deberán hacerse cada dos paquetes, sin falta, pues los escasos recursos con que contamos no nos permiten dar mayor plazo. Los paquetes de los corresponsales del extranjero deberán pagarse anticipadamente. En los paquetes para Francia, el descuento va por los gastos de franqueo.

LAS SUSCRIPCIONES podrán hacerse de veinte en veinte cuadernos, pagando anticipadamente el importe de los veinte cuadernos (ocho pesetas). Las suscripciones para Francia, diez pesetas.

La obra completa (texto íntegro de la primera edición francesa, ilustrada con mapas en colores y multitud de grabados), constará aproximadamente de unos ciento cuarenta cuadernos; por lo que el total de la obra resultará por unas CINCUENTA Y SEIS PESETAS, y lujosamente encuadernados los seis tomos, cuyas tapas haremos confeccionar al terminar la publicación de los cuadernos, resultará por unas SETENTA Y CUATRO PESETAS.

Los cuadernos, que se publicarán semanalmente, tendrán el tamaño de 27 x 20 centímetros (el mismo de esta Revista), e impresos con el mismo papel couché de las páginas ilustradas que ahora publica ESTUDIOS.

Cada cuaderno constará de veinticuatro páginas.

El hombre y el ambiente

Isaac Puente

El hombre es producto del medio en que vive. Igual que le influye el clima, la altitud, la luminosidad y el horizonte del sitio en que vive, traduciéndose en su cuerpo, en su salud, en su vigor corporal, en el color de su tez y en el estado de su ánimo, lo modela el medio psicológico en que se desenvuelve. Nadie escapa a la influencia del ambiente familiar, a la educación religiosa en la escuela, en la calle, a las ideas y costumbres, las creencias y los prejuicios, que forman como una tupida red en el medio social que nos rodea. Las ideas adquiridas en la infancia se desarraigan muy difícilmente y suelen persistir más o menos latentes hasta el fin de nuestros días.

Pero hay que notar las diferencias individuales. Unos son como cera. Se dejan modelar pasivamente y son el resultado lógico y obligado del medio en que se desenvuelven. No hicieron lo más mínimo por ser de otra manera. Lo mismo son cristianos que podrían haber sido turcos. Se amoldan y se identifican con el ambiente. Otros son como de acero. El mismo esfuerzo que se hizo para desviarlos a un lado, lo pusieron ellos para desviarse al lado opuesto. La acción del ambiente, chocando con sus psicologías, los hizo reaccionar llevándolos a ser del modo opuesto a como son los demás. Salen rebeldes, de ambientes castradores; y ateos, de ambientes religiosos.

Esto quiere decir que el ambiente es mucho en nuestra formación, pero que no lo es todo. Modela solamente lo que es susceptible de dejarse modelar. No a los caracteres recios y a las psicologías acusadas, que reaccionan rápidamente contra toda influencia que tiende a desviarlos de su camino.

Esta es la posición racional ante la disputa inacabable entre deterministas y librepensantes. El hombre obra en virtud de determi-

nantes y de factores que llegan a anular su voluntad. Así las condiciones económicas, las pasiones, el instinto, las circunstancias que nos rodean, el estado de nuestra digestión y el de nuestra salud, nos hacen obrar de un cierto modo, o nos impiden obrar de un modo distinto. El libre albedrío para obrar o para dejar de obrar, o sea la voluntad del hombre para realizar o dejar de realizar una determinada acción, es una cosa que sucumbe muchas veces ante circunstancias, consideraciones y determinantes más fuertes que nosotros. Hay una parte de razón en las dos escuelas filosóficas. Todo depende del individuo, de su plasticidad de carácter para amoldarse y plegarse a las circunstancias o de la intensidad de su vida interior, y de la capacidad para reaccionar contra las determinantes del medio, imponiendo, con más o menos éxito, la supremacía de la propia voluntad.

El medio ambiente social pesa sobre los individuos como losa de plomo. Tiende a conformarlos para la sumisión, para la obediencia, para el conformismo, para el «dejar hacer», para la carencia de inquietudes. El ambiente familiar es una copia de él, en pequeño. La escuela, un lugar donde el atentado a la naturaleza del niño se consuma bajo el amparo de la ciencia pedagógica. Así resulta la mayoría conformada al ambiente, recortada según un patrón, sin otras inquietudes que las del medio en que se desenvolvieron, y dentro del cual han de vivir como el pez en el agua. Esto, no obstante, hay siempre un cierto número, aunque pequeño, que no sólo resiste la acción castradora del medio, sino que reacciona contra ella y conduce sus actividades a la modificación de este medio que de modo tan fatal pesa sobre el modo de ser de la mayoría.

En virtud de su propia inercia, el ambiente

asegura la perpetuación de las actuales formas sociales y de las actuales mentalidades, ya que las individualidades que escapan a su influencia son en número restringido y por sí mismas incapaces de cambiar las condiciones y circunstancias que constituyen el ambiente social. Pensando en la manera de evadirse a este rígido determinismo, proyectando romper este cerco de hierro, los inconformistas se encuentran ante dos tareas a cuál más titánica:

a) Una proselitista, de ganar a la causa de la rebeldía a un número suficiente de individuos. Tiene su límite en el reducido número de individuos susceptibles de compenetrarse con la labor revolucionaria reaccionando contra el ambiente. Esto no es cuestión de cultura, sino de sentimiento; y

b) Otra revolucionaria, que tiende a reunir los esfuerzos dispersos para lanzarlos en estallido violento sobre la esclavizante organización social. Es una empresa desatentada, llena de osadía, que sólo puede tener éxito con la cooperación de oportunidades históricas y de contingencias favorables.

El hombre no se satisface con la emancipación aislada. Tiene necesidad de saber a los demás libres y emancipados si ha de gustar de su propia libertad. De aquí que el individuo emancipado de los prejuicios y de las ideas del ambiente social, se consagre a la tarea de liberar a sus hermanos por el convencimiento y a la de libertarlos del peso conformador del ambiente que los hace sumir en el más anulador de los conformismos.

Pero aunque ambas empresas parezcan desmedidas, inasequibles para el hombre, éste necesita ilusionarse con su practicabilidad, con la eficacia de su esfuerzo. De otro modo, sin entusiasmo, sin fe en la tarea, vale más desistir, consagrándose exclusivamente al cultivo del jardín interior del egoísmo. El propagandista ha de creer que cuantos le escuchan son hombres accesibles a sus razonamientos, capaces de comprender y de compenetrarse con su modo de sentir. El revolucionario ha de efectuar siempre, como si su esfuerzo tuviera las mayores posibilidades de fructificar, como si cada momento fuera el más propicio para el triunfo de su intento y para el sacrificio de su vida. Es la única garantía de que el primero aprovechará la mayor generalización del descontento y de que el segundo podrá beneficiarse de las contingencias históricas más favorables, las que,

desgraciadamente, no se pueden conocer a priori, sino cuando son ya agua pasada, que no se puede utilizar.

Y esta tarea habrán de acometerla con la crítica zumbona de quienes por pasarse de listos y de hombres prácticos tienen siempre a flor de labio la frase despectiva de su sabiduría: «¡Ya lo decía yo!...»

La palabra *imposible* está desprovista de sentido para el idealista. Todas las cosas son imposibles hasta el momento mismo en que dejan de serlo. Fué imposible: acabar con el imperio romano, que el cristianismo venciera al paganismo, que Lutero triunfara con su Reforma, descubrir América, dar la vuelta al mundo, volar con la seguridad de las aves, dominar el Poder de la realeza, someter a la nobleza, destronar al zar de todas las Rusias, hablar de continente a continente, encomendar a la máquina todas las actividades humanas...

El idealista ha llevado siempre escritas en su escudo estas palabras audaces: *Haré posible lo imposible*. Y con ellas, y desde su insignificancia, ha vencido más de una vez a los dioses.

UNA OBRA DE GRAN ACTUALIDAD

LA ESFINGE ROJA

Por Han Ryner

Sin duda alguna, una de las mejores y más acabadas obras de este gran escritor de fama ya universal, es *La esfinge roja*. En ella plantea un problema de gran alcance social, al cual deberán hacer frente quizá muy pronto todos los hombres de conciencia libre: el problema de la guerra, única solución que el capitalismo, en su situación desesperada, trata de lanzar al mundo para salvar sus odiosos privilegios.

No puede seguirse ya considerando a los pueblos como a rebaños inconscientes, propicios a dejarse matar estúpidamente. La guerra es un crimen horrible, un asesinato brutal y odioso, aunque los tiburones de la Banca, de la alta política y los fabricantes de armamentos traten de disfrazarlo con los tópicos Patria, Civilización, Derecho, etcétera, para nutrir sus arcas, ávidas de oro.

Leed esta obra, de emoción y de belleza incomparables, inspirada en una nueva moral más humana y más digna.

Precio, tres pesetas.

Montaje y ajuste de la nueva economía en la sociedad libre

E. Horizonte

V

DIFICULTADES IMAGINARIAS

CONSIDERACIONES GENERALES

Establecido en todo el mundo el nuevo régimen, su funcionamiento podría aproximarse mucho a lo perfecto, pero no es este nuestro tema, sino el correspondiente a las vicisitudes de su implantación.

El método gradual y evolutivo que venimos defendiendo puede tropezar con obstáculos que dificulten la marcha serena y racional, por lo que solamente será utilizado en cuanto sea posible, debiendo ponernos en el peor de los casos para atender a tales posibilidades.

Y el peor de los casos es el de que, proclamado el comunismo libertario en un solo país, sea éste bloqueado por los demás Estados burgueses y condenado a vivir exclusivamente con sus propios recursos.

Otro caso hay más grave, como ya hemos apuntado, que es el de una guerra, pero su estudio no cabe en los límites de estos artículos por su enorme envergadura.

Dentro del caso pésimo del bloqueo, debemos situarnos en el optimismo relativo, de acuerdo con las circunstancias, de que tal país sea España, y el optimismo nace de las características geográficas de este país, tal vez el más susceptible del mundo de una vida económica aislada.

Proclamado el comunismo libertario en España, su bloqueo por los demás países al-

teraría forzosamente el ritmo lento que preconizamos. Ya no sería posible continuar las tradiciones económicas haciéndolas evolucionar para encauzarlas por los nuevos derroteros, pues en tales tradiciones económicas fallarían todos los enlaces correspondientes al actual y tradicional intercambio exterior.

España tendría que bastarse a sí misma, para lo que su industria necesitaría transformarse bruscamente y, no por cierto, en forma definitiva, ya que sería un absurdo suponer que el bloqueo había de ser eterno, sino con los engorros, incertezas y quiebras de lo accidental e interino.

Tema es éste tan interesante que ha preocupado hondamente a todos nuestros pensadores que han ensayado la aplicación de la técnica a su estudio. Aparte de muchos artículos sueltos que han aparecido en nuestra prensa, son dignos de la mayor estimación los trabajos de Noja Ruiz publicados en esta Revista y los folletos de Gastón Leval y de Isaac Puente.

Se trata de averiguar si España sería capaz de una vida económica aislada y de cómo podría organizarla.

El camarada Noja Ruiz, algo pesimista—fundándose en las estadísticas—, supone que no sería posible el desarrollo, montaje y ajuste del nuevo régimen en España en caso de bloqueo internacional.

Gastón Leval se limita a estudiar el caso estadísticamente señalando los puntos neurálgicos, los detalles más graves del proceso.

Isaac Puente es más optimista y tiene en el porvenir una fe inquebrantable.

Al estudiar nosotros este punto, empezare-

mos por ocuparnos de las dificultades aparentes.

Lo son por partir del postulado de que la nueva economía ha de parecerse mucho a la antigua. Por suponer que seguirá siendo imposible cuanto lo es hoy en el régimen capitalista, autoritario y dogmático.

Pero la subversión de los problemas que hemos señalado en el artículo anterior hace que muchas de las dificultades, al parecer insuperables, sean solamente imaginarias y fantásticas.

FERTILIZANTES

La nueva economía, para su buen montaje, necesitará consumir un gran tonelaje de abonos químicos, mucho mayor que el actualmente consumido, porque será indispensable incrementar extraordinariamente la producción de los campos.

Para que todos puedan consumir con arreglo a sus necesidades, será imprescindible producir mucho más que ahora, tal vez el doble o el triple, ya que la inmensa mayoría de los españoles comen hoy mucho menos de lo que necesitan.

Además, la imposibilidad de importar muchos productos obligará también, como ya veremos, a intensificar nuestra producción agraria.

Nada más fácil con el nuevo régimen. Nuestros agricultores no están tan atrasados como generalmente se cree. Lo que están es maltratados por la organización económica actual. Pocos campesinos habrá que no sean capaces de duplicar la producción de sus campos si se les da las buenas semillas y los abonos necesarios. La escasez del empleo de éstos, nacida de la ecuación económica y de la necesidad de que el cultivo sea remunerador, es la única razón de que la hectárea de trigo produzca en España un promedio de 10'54 quintales métricos (cosecha de 1932 en secano) mientras que en Dinamarca produce 33'10 (*Anuario Estadístico, 1925-1926*), y cifras semejantes que pudiéramos señalar para los demás cultivos.

Así es que esa imperiosa necesidad de intensificar la producción agraria se traduce únicamente en la de disponer de abundantes abonos. Si acaso, también, de buena maquinaria que permita labores profundas.

Los tres abonos fundamentales son el nitrógeno, el fósforo y la potasa. De la última

tenemos en Cataluña riquísimos criaderos. Los fosfatos abundan en Extremadura, y nuestra industria está capacitada para transformarlos fácilmente en superfosfatos. En cuanto al nitrógeno, ya hemos indicado cómo puede fácilmente ser aprovechado el de la atmósfera, con la ayuda de nuestros abundantísimos lignitos. Tenemos, pues, en España los elementos indispensables para abonar nuestros campos con arreglo a las necesidades de la nueva economía, aun prescindiendo por completo de toda importación.

Claro es que será indispensable organizar la industria para su obtención. Hoy no lo hace el capitalismo, salvo en cuanto a las sales potásicas, porque se opone a ello el interés particular y no le conviene a los egoísmos de las empresas que sostienen a los Gobiernos para que ellos las apoyen y consientan su explotación del país.

Hoy son importados los superfosfatos, subproductos de la siderurgia alemana y francesa y el nitrato y las sales amoniacales sintéticas de Chile y de otros países.

Pero bastará el mutuo acuerdo de los elementos productores para montar tales industrias cuando no sea indispensable para ello contar con una suma inmensa de millones necesarios para darle de comer a los incontables obreros, hoy parados, que extraerían los fosfatos y los lignitos, que los transportarían a las nuevas fábricas levantadas por otros obreros y que los someterían en ellas a las operaciones y a las transformaciones necesarias con arreglo a una técnica que no es ningún secreto.

Técnicos hay en España capaces de tal realización y tenemos la seguridad de que, tras de nuestro triunfo, igual que hoy sirven al capitalismo, servirán luego a la colectividad. Tienen, en su inmensa mayoría, un alma servil adaptable a todas las posturas. Para comer, necesitarán trabajar y, naturalmente, preferirán hacerlo como técnicos que destripar terrones. Además, con uno solo bien capacitado, nos sería suficiente, ya que su misión habrá de ser meramente orientadora.

Cierto es que todo esto no puede improvisarse y que se necesitará cierto tiempo para montar estas industrias. Pero se impondrá la prisa al buen sentido de los Comités de relaciones industriales y agrarios. El plan quinquenal soviético tendrá por equivalente en España un plan anual. No sería imposible que, transcurrido un año, en la primera siem-

bra, fueren utilizados todos los abonos necesarios de producción nacional. Esto, además, sería un argumento decisivo para convencer a los campesinos.

Claro es que, paralelamente a la producción de fertilizantes, será necesario intensificar la producción de maquinaria agrícola y el tendido de redes eléctricas para llevar a los campos la energía hoy desaprovechada de las ríos, de manera que el motor eléctrico, cómodo, ligero y no consumidor de combustible, pueda trabajar en todas partes.

TEJIDOS

Las estadísticas nos enseñan con toda claridad que la industria fabril y textil española vive actualmente supeditada al extranjero que nos envía las primeras materias.

Pero, en el caso del bloqueo, tendríamos que parar nuestras fábricas y dejar desocupados a nuestras hilanderas y a nuestros tejedores.

Así lo supone Gastón Leval en su libro.

Pero es que hay que importar del extranjero el algodón a causa de los enlaces egoístas de la actual economía, que desaparecerán con el nuevo régimen. El algodón puede ser producido en España a medida de nuestras necesidades, aunque sea necesario dedicar a ello tierras que hoy producen otras cosas.

La intensificación del cultivo con buenas labores y semillas y abonos adecuados ya apuntada, resolvería este problema y aun en otras producciones indispensables que hemos de señalar.

Puede esto ser fácilmente comprendido consultando un artículo que publicó en la revista burguesa *Economía*, en su número correspondiente al día 15 de agosto de 1929, el camarada Alfonso Martínez Rizo, cuando aún no conocía el comunismo libertario, titulado «Silueta estadística de la agricultura española».

En tan documentado artículo, demuestra el autor que la pérdida por cada hectárea cultivada a causa de un cultivo imperfecto, deducida de la comparación entre lo que produce en España y lo que produce en el país de producción más intensa, es para los siguientes cultivos:

Trigo..	1.120'33	Ptas. por hectárea
Centeno..	515'37	» » »

Cebada	444'89	Ptas. por hectárea
Avena	506'77	» » »
Maíz...	161'21	» » »
Patatas...	2.210'—	» » »
Remolacha...	557'08	» » »
Vino...	334'90	» » »

Multiplicando el número de hectáreas dedicadas a cada cultivo por lo que se pierde a causa de su imperfección, llega el autor, para los cultivos señalados, a una pérdida global de 7.688.291.986 pesetas, cifra muy cercana al doble de la que representa la producción que hoy se obtiene, lo que quiere decir que el agro español, libre de las imperfecciones del sistema capitalista, explotado racionalmente por el comunismo libertario, aun sin roturar muchos terrenos hoy improductivos y dedicar a algo más útil los que hoy se sirven para criar toros de lidia, es capaz de producir tres veces más que hoy.

Existe, pues, margen suficiente para doblar el consumo alimenticio de los españoles y para cultivar el algodón y hasta para producir la pasta celulósica indispensable para la industria del papel, de lo que nos habremos de ocupar después.

También es este problema susceptible de una solución rápida y, si hoy se intensifica muy lentamente la producción algodonera, no es por dificultades técnicas, sino por la de convencer a los labriegos, en plan de cultivos remuneradores, de que dediquen a ella sus campos.

No se trata de plantas arbóreas que necesitan varios años para producir. Dentro del mismo año entra la plantación y la recolección, lo mismo que sucede con el trigo. La técnica agrícola correspondiente no tiene nada de difícil. Si acaso, al principio, no serán los productos tan excelentes cual fuera de desear, pero esto conduce a una calificación y no a una imposibilidad.

Pero es que, además, como solución circunstancial y de fortuna, hay otros sucedáneos del algodón que no dependen tan estrechamente del campo, cual sucede con los textiles sintéticos como la seda artificial, producto hoy caro, pero que dejaría de serlo al desaparecer el dinero y no atenderse al lucro sino a la satisfacción de necesidades.

En un artículo publicado en *La Vanguardia*, de Barcelona, el 10 de enero de este año, sobre la lana artificial, termina su autor; el doctor B. Coroleu, diciendo:

«En resumen, la lana artificial es hoy uno

de los temas de mayor actualidad de la industria textil. Basta que se modifiquen las circunstancias económicas hoy reinantes para que aquélla aparezca de nuevo comercialmente...»

La lana artificial se fabrica de pasta de madera, y su precio comercial resulta hoy a la mitad del de la viscose, pues pueden ser empleadas primeras materias de calidad inferior; no hace falta madurar la viscose; no es necesario obtener un hilo continuo y homogéneo; se pueden emplear baños de hilatura con sulfato sódico, y la desulfuración se obtiene con carbonato en vez de sulfito o el sulfuro, y, finalmente, pueden ser utilizadas con máquinas de aire comprimido hileras de 1.500 a 2.000 agujeros, en vez de 50 a 100.

Se trata de hilos huecos de gran poder aislante, y, en Francia, la sociedad Neo-lana Neo-seda tiene instalada en Irigny (Ródano) una fábrica modelo capaz de producir cinco toneladas de lana artificial cada día. En Alemania, la sociedad Fohn-Rottweil fabrica la lana *vistra*. En Italia han sido lanzados al mercado los productos de la «Snia viscosa», de Turín, y de la «Seda de Chatillon», de Milán. Pero la sociedad más poderosa es la «Courtaulds Limited», de Londres, que ha lanzado el nuevo producto «fibro» y que dispone de veinte millones de libras esterlinas.

Tan importante industria se encuentra hoy en embrión y casi no trabaja esperando que suba el precio de la lana natural. Pero, para el caso que tratamos, representa una posibilidad que asegura el que, aun sin algodón, no tengan que quedar en paro forzoso nuestros obreros fabriles y textiles.

HASTA EL PROXIMO NUMERO

Es tan interesante este tema y hay tanto que decir sobre él que, al llegar a este punto, notamos la imposibilidad de continuar abordando, dentro de la extensión prudencial de la inserción, toda la amplitud de la materia, lo que nos obliga a dividir este quinto artículo, titulado «Dificultades imaginarias», en dos partes —o quizás en tres—, que aparecerán en otras tantas inserciones.

Se comprenderá esta necesidad teniendo en cuenta que, en el índice que tenemos trazado de su contenido, figuran aún temas tan interesantes y extensos como los de los carburantes, el papel y los obreros portuarios.

Sabiduría humana

Félix Lázaro

La esencia de todo conocimiento humano estriba en saber que ignoramos la verdadera naturaleza de las cosas.

En la antigüedad, hubo en Grecia un filósofo que en ocasión de hallarse escuchando cierta plática a unos atenienses, en la cual se loaba la «enorme sabiduría» de otro sabio, dijo ante los que tales cosas decían: «Yo, en cambio, sólo sé que no sé nada.» Este filosófico aforismo ha sido atribuido a Sócrates, pero, en realidad, son muchos los autores que han hecho suyas estas palabras.

«Sólo sé que no sé nada», dijo el filósofo. Esta sentencia intrínseca encierra en sí una profunda verdad; verdad inmutable e infalible, asentada sobre bases científicas, por lo cual, no la destruye el tiempo ni la acción literaria del lenguaje.

El filósofo sabe que nada sabe, lo que equivale a decir que está en posesión de una pequeña verdad filosófica.

Pero ese tiempo de sinceridad del pensamiento, de sinceridad de la filosofía, ya pasó a la historia.

Hoy es tal la fatuidad que hay escondida en el interior de «sabios», «filósofos» y «literatos», que ninguno de ellos, bajo ningún concepto, es capaz de formular una verdad filosófica de esta naturaleza.

Saber que nada sabía, para el filósofo de la antigüedad, era un motivo de congratulación. Pero saber que nada sabe, aunque sabe muy poco, para un «intelectual» de nuestra época, resulta una cosa desagradable que está en contraposición con su inmensa vanidad de sabio «celebérrimo».

Es cierto de que el hombre, en su afán de llegar a lo más profundo del conocimiento de las cosas, ha realizado enormes descubrimientos progresivos, tanto científicos como filosóficos, que por su gran trascendencia ética y artística, es, sin disputa, el animal (humano) más inteligente de todos cuantos ha creado la Tierra. Pero a pesar de todo ello, ¡cuán ínfimos, cuán pequeños resultamos ante la magnitud de las leyes creatrices del universo! Todo se halla en pañales aún: Ciencias, Arte, Letras y Filosofía.

Oigamos lo que dice el profesor A. M. Herrera, con relación a esto: «Con nuestros ojos bien abiertos, no somos más que ciegos en el mundo fundamental de las sombras, donde residen los primeros principios, las actividades madres, las causas últimas y los primeros «por qué» de todas las cosas.»

La compulsión religiosa y el problema sexual

S. Velasco

IV

BREVE INCISO RETROSPECTIVO. — GENESIS DE LA ORGANIZACION SOCIAL DE LOS CALDEOS

La configuración térrica de Caldea, en especial por lo que atañe a las comarcas cercanas al mar, forzó a las tribus que la habitaban a establecerse sedentariamente y a atemperar su vida a usos y costumbres, que poco a poco fueron desenvolviéndose y evolucionando. La vida nómada se hacía imposible en aquellas regiones separadas entre sí por fronteras naturales, y ello dió lugar al desarrollo de la Agricultura y a la constitución de nutridos grupos de población que buscaban en la vida común la protección necesaria contra los innúmeros peligros que les acechaban, encarnados en los animales carnívoros, contra cuyas acometidas había de luchar incesantemente el hombre, y de cuya saña nos legaron pruebas indelebles los cilindros arcaicos caldeos que han llegado hasta nosotros.

Surgió así una especie de sentimiento socializante y cada grupo se instauró en un islote o semiisla distinta, pero lo suficiente extensa para subvenir a las necesidades del número. No tardaron en emerger de entre la espesura caseríos lacustres, centros de vida en los que resultaba mucho más hacedero defenderse contra cualquier peligro y merced a cuyo nexo de relación acrecentábase la productividad y regulábase el consumo. De esta suerte, se estableció la administración de justicia y la autoridad, dando nacimiento a las primitivas formas de Gobierno, peculiares y distintas en cada núcleo como diferentes y particulares fueron los dioses o el dios de cada tribu, de acuerdo con el temperamento

de los individuos y las circunstancias ambientales, aunque, en realidad, tanto los «totems», como, más tarde, los dioses; así las costumbres como las leyes, tenían íntimas analogías y semejanzas notables que se extendían a todas las modalidades psicopáticas de la vida, puesto que las necesidades y los medios de existencia eran idénticos para todas las tribus.

Y aunque los habitantes de Uruk adoraban a *Anú*; los de Nipur, a *Bel*; los de Uru, a *Sin*; los de Babilonia, a *Marduk*, y los de Susa, a *Chuchinak*, todos rendían culto a las mismas fuerzas naturales y al principio creador bajo nombres distintos. Estas divinidades locales, fusionadas con los dioses semitas, formaron, más tarde, la mitología caldea. Y estas costumbres primordiales, rudimentos o gérmenes de códigos no escritos, adquirieron carta de naturaleza, pasados unos siglos, mediante las leyes promulgadas por el monarca Hamurabi, las que, en sentir de J. de Morgan, son, sencillamente, la recopilación y perfeccionamiento de las que dictaran sus antecesores de acuerdo a los usos de las primeras tribus.

Salvo insignificantes variaciones, el idioma era el mismo en todas las comarcas, puesto que los habitantes del país descendían de un tronco común y, además, porque las tribus, a pesar de los obstáculos naturales que se oponían al intercambio, relacionábanse entre sí con inusitada frecuencia; pero, desgraciadamente, las sucesivas invasiones y la conquista definitiva de aquel pueblo por los semitas acabaron por borrar, especialmente por lo que atañe a las relaciones oficiales, la lengua autóctona y sustituirla por la de los dominadores. Sin embargo, se han podido hallar trazos de la misma merced a algunos textos remotísimos de autenticidad innegable.

Esto nos lleva de la mano a volver de nuevo sobre el tema, tan debatido, de los orígenes de la escritura caldea. Oppert, que fué uno de los historiógrafos que con mayor amplitud estudiara el problema, afirmó, aportando pruebas concluyentes, que existió en Caldea un idioma anterior al semita, mientras que Halevy, pocos años después, intentó demostrar lo absurdo de semejante tesis mediante argumentos a nuestro entender desprovistos de toda fuerza. Posteriormente, Winkler aportó nuevas razones en favor de la tesis de Oppert, demostrando que, al analizar los más antiguos textos caldeos, hanse encontrado, no sólo dos idiomas, sino dos sistemas de escritura completamente distintos, uno de ellos ideográfico y perteneciente, por tanto, a un idioma desconocido; el otro, que es fonético, parece ser originario de los semitas. De suerte que, según la conclusión de Winkler, es casi seguro que el primer sistema gráfico es debido a los primitivos habitantes de Caldea, cuya raza, a juzgar por la expresión ideográfica de la escritura, fué pleistocénica, en tanto que los signos fonéticos fueron introducidos en el país, posteriormente, por los acadios o semitas. Thureau-Dangin, en su famoso libro documental *Tablettes chaldéenes inédites*, evidencia el proceso seguido por el desarrollo de la escritura fonética, demostrando que, mientras en la Babilonia del Norte conocíase el fonetismo ya en épocas anteriores a Sargon, en la del Sud no se conoció hasta los comienzos del reinado de la dinastía de Agadé.

Uno de los autores contemporáneos que con más objetividad indagaran en lo profundo de la cuestión, el profesor Sayce, dice textualmente en el capítulo tercero de su obra *The Archeology of the cuneiform inscriptions*: «Los primitivos habitantes civilizados de la llanura aluvial de Babilonia, no fueron semitas ni arios; no puede decirse a punto fijo cuál fuera la raza a que pertenecían; tan sólo sabemos que hablaban un idioma aglutinante y que todos los elementos de la cultura babilónica débense a ellos.»

Por otra parte, el profesor e historiógrafo J. de Morgan, afirma que, por más que nos remontemos en la lejanía de la Historia estudiando las inscripciones, tan sólo podemos hallar documentos redactados en sumario o bien en lengua semítica, e incluso una mescolanza de ambos, pero de ahí no se ha pasado por lo que atañe intrínsecamente a Caldea; pero en Elam se descubrieron textos es-

critos en un idioma que no pertenecía a ninguno de los mencionados y al que los sabios denominaron, indistintamente, «anzanita», «susiano» o, bien, «elamita», el cual permaneció en el olvido, usado quizá exclusivamente por la masa popular, durante buen número de siglos, para reaparecer de improviso, pujante y arrollador, remozado y exornado simultáneamente a la reconquista de la independencia del pueblo caldeo hacia los 1500 años antes de J. C.

Maspero cita el testimonio del sacerdote caldeo Berose, historiador que vivió hacia el siglo IV antes de J. C., para deducir que, según se desprende de las tradiciones antiquísimas recopiladas por dicho sacerdote, las primeras invasiones que devastaron Caldea procedían de la península árabe; Herodoto, por su parte, asevera que fueron los oriundos de Bahrein, en tanto que Delitzsch, sin negar autenticidad a los autores citados, demuestra que los semitas hallábanse divididos en tres ramas correspondientes, precisamente, a los dos núcleos invasores anotados por aquellos historiógrafos y a un tercero residente en las islas del Golfo Pérsico. Con este parecer está de acuerdo asimismo J. de Morgan, cuyo criterio compartimos por considerarle una autoridad indiscutible en esta materia.

Ya por el tiempo en que puede formularse un rudimento de historicidad caldea, el Norte de Arabia era lo que actualmente es: un desierto en cuya monotonía siembran alegría de cascabeles los rarísimos oasis que ponen su verde mancha sobre la amarilla arena. Esta era la más formidable barrera que podía oponerse a la invasión del país por parte de los habitantes de la región arábiga, pero, en cambio, hacia el Sud abríase el Golfo Pérsico, y las comunicaciones marítimas abrían el camino de Caldea a aventureros y comerciantes.

Así fué como los semitas, deseosos de ensanchar los dominios de su comercio, trasladáronse por vía marítima a Caldea, en cuyo interior hallaron terrenos fertilísimos habitados por una raza semisalvaje, aunque pacífica. Aprovechando la circunstancia y valiéndose de sus conocimientos astronómicos, los semitas se establecieron entre los aborígenes caldeos, comunicándoles sus conocimientos y apropiándose, por otro lado, las enseñanzas que aquéllos les transmitieran. De esta suerte establecióse una convivencia armónica entre semitas y autóctonos que permitió a los pri-

meros instalarse definitivamente en el país y multiplicarse con rapidez hasta absorber por completo a los verdaderos caldeos. De manera que, según la conclusión de Morgan, es casi seguro que los semitas colonizadores de Caldea procedían de Onam y de la isla de

Bahrein, en la que se han hallado multitud de túmulos antiquísimos cuya construcción se remonta a una edad remotísima que no ha sido posible establecer todavía concretamente.

● ●

La esterilización operatoria en el hombre

La vasectomía

Un Médico rural

De todos los medios anticoncepcionales propuestos y ensayados hasta la fecha hay que citar a la vasectomía como el procedimiento que ofrece mayores garantías de éxito y el que menos preocupaciones acarrea. Proporciona una esterilidad absoluta y permanente, sin requerir ningún cuidado ni precaución preventiva, teniendo la ventaja de que puede repararse por una operación sencilla, la que hace recuperar la anterior potencia fecundadora.

Consiste en una sencilla operación, exenta de riesgos y que no trastorna la vida ordinaria, ni obliga a abandonar las habituales ocupaciones. Se limita a ligar o seccionar el conducto que en cada lado lleva el esperma del testículo respectivo a las vesículas seminales, lo que no impide ni la potencia sexual, ni el placer del orgasmo, ni la eyaculación; pues el semen se sigue produciendo con la única diferencia, apreciable sólo al microscopio, de no contener espermatozoides. No produce la menor mutilación ni acarrea ninguna suerte de anulación o invalidez. El hombre disfruta en la misma medida que antes de la vida sexual, pues como hemos dicho, el efecto sólo lo comprueba el análisis microscópico del esperma y la esterilidad que se produce en las relaciones sexuales.

Esta operación se practica con otros fines, como para completar la prostatectomía y para combatir los efectos de la vejez pre-

tura. Es un hecho de observación perfectamente comprobado, que cuando un órgano tiene dos funciones, si una de ellas se anula, la otra se activa, concentrándose en ella la actividad del órgano. El testículo tiene dos funciones: una, la de producir los espermatozoides; otra, la de producir una secreción, que pasa a la sangre, y produce, al difundirse por el cuerpo ciertos caracteres y modificaciones. De esta secreción depende el que el crecimiento se detenga, que se establezcan los caracteres sexuales secundarios que distinguen al varón, como la voz gruesa, el desarrollo del vello, la disposición de la grasa subcutánea y el impulso sexual. Está comprobado también que la vejez prematura es debida a la disminución de esta secreción interna, y que con ella tiene relación el vigor corporal y la buena disposición para el trabajo.

La operación no acarrea ningún trastorno corporal ni altera en lo más mínimo las demás funciones orgánicas. Por el contrario, puede influir favorablemente sobre la salud y hasta se ha logrado la curación de algunos padecimientos crónicos.

Una simple escisión a cada lado y en la parte alta de las bolsas, basta para realizar la operación, que apenas exige un cuarto de hora para realizarse, haciéndose bajo anestesia local.

Para devolver la capacidad fecundativa,

en el caso de que se quisiera recuperar, basta con reparar la luz en uno de los conductos deferentes, permitiendo que los espermatozoides de un testículo hagan fecundo el líquido seminal.

Esta es la operación que las naciones que han adoptado leyes eugénicas protectoras aplican a los degenerados mentales y a los defectivos, que por su acción antisocial existe verdadero interés en evitar que se reproduzcan.

Este método anticoncepcional decisivo ha sido auspiciado por la Liga Internacional para prevenir la Repoblación, filial de la A. I. T., la cual ha patrocinado el procedimiento. El compañero austríaco Gerardo Liguda lo propaga entusiásticamente, habiendo escrito un interesante folleto de exposición del método, que fué editado por *Solidaridad Obrera*, de Valencia, titulado «Vasectomía».

Poniendo de acuerdo la convicción con la conducta, como cumple a todo anarquista, han sido bastantes los compañeros que se han sometido a la operación, habiéndose prestado también para la prueba de refertilización para recuperar el poder fecundante, suprimido por una intervención anterior.

Una operación semejante puede realizarse en la mujer —la ligadura de las trompas—, pero por tener que operar dentro del vientre, la operación es bastante más seria y más peligrosa, requiriendo todas las garantías de una operación de gravedad. A causa de esto, y en la vida conyugal, es preferible que sea el hombre el que se someta a la intervención cuando se quieren evitar a toda costa los hijos.

La única dificultad de este método estriba en los inconvenientes que se encuentran para su realización práctica. Siendo una operación no autorizada por las leyes, ha de ser ejecutada clandestinamente, o cuando menos con gran reserva, por lo cual son pocos los médicos que se encuentran dispuestos a realizarla, si no es a base de la idea de lucro, mediando la cual los profesionales de la Medicina, como todos los profesionales, no suelen tener escrúpulos. Y para estar al alcance del proletariado, la operación ha de ser gratuita, o cuando menos muy económica.

La vasectomía suprime de una vez para todas, todas las precauciones de profilaxis anticoncepcional, y la preocupación de que la cópula debe rodearse cuando el peligro del embarazo es temido como una calamidad.

Mediante ella, se suprime de raíz el aborto, al cual se recurre con excesiva frecuencia por el fracaso accidental de los medios anticoncepcionales, a lo que, en mayor o menor medida, todos están expuestos.

La Cirugía pone, mediante este método operatorio, al alcance del hombre, un excelente y decisivo medio de renunciar a reproducirse, brindándole al mismo tiempo la posibilidad de recuperar su función en el momento en que lo desee.

Acaba de publicarse:

SEXUALISMO LIBERTARIO

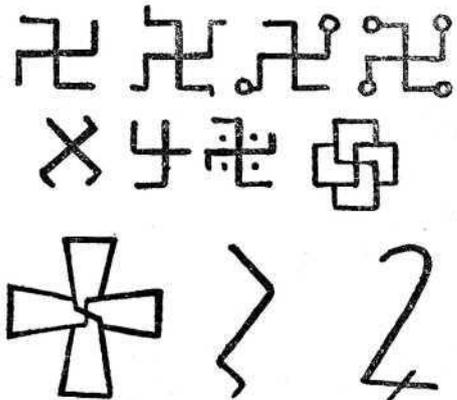
(AMOR LIBRE)

por Eugenio Pagán

De la excepcional importancia de este libro da idea el INDICE:

Cupido encadenado.—La sombra de Malthus.—En la entraña del problema.—Huelga de vientres.—La prostitución.—Una prostitución masculina.—El terrible venéreo.—El culto a la himenolatría.—La cuestión feminista.—Peligros de la concurrencia intersexual.—El hombre, enemigo de la mujer.—La sociedad capitalista contra el amor.—El matrimonio.—La génesis del amor.—La poliandria, la poligamia y la promiscuidad.—El incesto.—La ciencia frente al amor.—El amor libre.—Eros y Baco.

Precio, una peseta.



Piedras preciosas

LOS LEGISLADORES

En las pequeñas sociedades no desarrolladas, donde ha reinado por espacio de siglos una paz completa, nada parecido existe a lo que llamamos Gobierno, ni ha sido necesario tampoco para la existencia de las virtudes fundamentales: veracidad, honradez, justicia y generosidad. Está probado, en cambio, que la autoridad ha nacido de la guerra por la necesidad de la defensa y que, reconocida temporalmente al principio, se establece definitivamente si el estado de guerra se prolonga. Originado el Gobierno en la agresión y por la agresión, conserva siempre su carácter agresivo y coercitivo, y aunque bajo la apariencia de querer el bien, hace siempre el mal o, si se quiere, para ser bueno se arriesga a ser cruel. El Poder directivo es tanto más agresivo en lo interior cuanto más precisado se ve a serlo en el exterior. Interesante por demás es el cuadro de las transgresiones de los Gobiernos, tanto en sus actos como en sus omisiones; pero prescindiendo de él, veamos las faltas que los legisladores cometen, no ya por ambición, sino por ignorancia. Exítese para toda profesión prueba de capacidad y competencia; sólo al legislador, que ha de regir a los hombres, se le exceptúa de esta prueba. Un curandero, un farmacéutico incapaz, pueden matar a un hombre, y serán perseguidos por la ley; un legislador puede matar a muchos hombres causando la ruina de la nación, y todo el mundo lo tolera con censurable indiferencia. Leyes promulgadas contra la usura que han aumentado la tasa del interés; medidas para evitar el acaparamiento de granos que produjeron una escasez grandísima; fijación de precio de artículos de consumo que desaparecieron totalmente del mercado; determinación de la unidad de salarios que galvanizó una industria decadente y mantuvo la población en la miseria, e infinidad de medidas de esta clase, llevan al lector la convicción de que los legisladores, en su afán de mitigar las miserias humanas, no consiguieron más que aumentarlas. Es incalculable el número de disposiciones gubernativas aboli-

das en vista de sus desastrosos efectos. Desconocen los Gobiernos las relaciones de causa o efecto en el terreno sociológico; por eso han entorpecido y perturbado constantemente el desenvolvimiento progresivo de la sociedad y no le han favorecido nunca. No se debe al Estado esa inmensa multitud de inventos útiles, desde la azada hasta el teléfono; los grandes descubrimientos científicos; los sorprendentes mecanismos dedicados a la producción; las transacciones mercantiles que facilitan el cambio de productos en todo el mundo; el perfeccionamiento artístico; hasta el mismo lenguaje de que se sirve, todo se ha hecho por la actividad espontánea de los individuos o de las colectividades y a pesar de los Gobiernos.—SPENCER.

LOS SEMBRADORES

En ciertas comarcas, cuando el labrador quiere fecundar su campo, emplea algunas veces un medio enérgico: toma un caballo, le abre las venas y, látigo en mano, lo lanza por los surcos; el caballo corre sangrando a través del campo, que se extiende bajo sus patas vacilantes; la tierra que pisa se enrojece, cada surco bebe su parte del líquido. Cuando, agotado, cae con el estertor de la agonía, se le fuerza a levantarse, a dar el resto de su sangre a la tierra ávida, sin guardar nada para sí. Al fin se desploma por última vez; se le sepulta en el campo rojo aún; toda su existencia, todo su ser pasa a la tierra rejuvenecida. Esta simiente de sangre se convierte en una riqueza: el campo así nutrido abundará en trigo, en beneficios para el labrador. Las cosas no pasan de otro modo en la historia de la humanidad. La legión de los grandes infortunados, de los mártires ignorados o gloriosos; todos esos hombres cuya propia desgracia labra el bien de los otros; todos esos que han sido obligados al sacrificio o que lo han buscado ellos mismos, que fueron a través del mundo sembrando su vida, vertiendo la sangre por sus costados entreabiertos como de una fuente viva, han fecundado el porvenir.—GUYAU.

La Asociación Internacional Biocósmica

María Lacerda de Moura

El principio fundamental que informa a la Asociación Internacional Biocósmica es el siguiente: «La Vida es Universal y Eterna.»

Su objetivo es el de hacer desaparecer todas las causas de las guerras, para lo cual procura reforzar los lazos biocósmicos que inducen a los hombres a sentirse hermanos en la gran familia humana, solidarizándolos entre sí y con el «Cosmos increado». Tiende, pues, a sustituir la aneja fórmula, que se ha trocado en dogma, de «la lucha por la existencia», por esotra más en concordancia con nuestros sentimientos: «la armonía para la vida».

Aspira, asimismo, a reemplazar todas las religiones teístas, que dividen a los humanos en vez de unirles fraternalmente, por el principio vitalísimo de «la fraternidad universal», empleando, para lograrlo, no la violencia, sino la «suprema resistencia».

En el manifiesto que lanzaran los fundadores de esta organización, y que iba dirigido a los «Hombres de buena voluntad», figuraban las más prestigiosas firmas de la intelectualidad mundial. Su llamamiento, notable por su fúlgida belleza, por la superioridad de sus ideales armoniosos, explica cómo van a intentar la modificación del ambiente en que vive el hombre, transformando la educación, que convierte a los individuos en mortales enemigos, capacitándoles para la competencia agobiante e imbuyéndoles las más deleznable ambiciones industriales y económicas, a través de los conceptos de Patria, Religión, Dios y Moral.

Hay que enseñar a los niños que un Dios que bendice las guerras, que patrocina el empleo de los tanques, de los submarinos, de los acorazados y aviones; que toleró el despotismo inquisitorial y que no abomina

de las banderas, cruces y condecoraciones que constituyen el más positivo estímulo para que los hombres se destruyan mutuamente, estúpidamente, en los campos de batalla, tan sólo para proporcionar placer o colmar la cupidez ociosa de los banqueros y de los césares, es un Dios que tiene muy poco de tal.

«A pesar de nosotros mismos —dice el manifiesto— a despecho de nuestra mala voluntad, todos estamos ligados unos a otros, porque tan sólo hay una vida universal y eterna que está en todo, que anima y solidariza al Cosmos increado. Al hombre lo hace el medio ambiente y su papel en la Naturaleza es el de armonizar la vida en todos sus aspectos.»

No obstante, todos los esfuerzos del género humano han tendido hacia el lado opuesto. Porque, cuando cavamos la tierra abriendo profundas galerías soterradas, cuando derrumbamos copudos árboles talando bosques inmensos, nos convertimos en incómodos parásitos de la tierra y preparamos el advenimiento de la esterilidad térrica, de la miseria, de las temperaturas extremas, del hambre y de la sed. Y todo esto, si no lo padecemos nosotros, será el legado bochornoso que dejaremos en herencia a nuestros sucesores, a nuestros hijos, antes de que la tierra vuelva a convertirse en nebulosa y gire rápida e igneante por el espacio, en pos de la formación de nuevos mundos.

En vez de captar las fuerzas naturales: electricidad, magnetismo, radio, océanos, ríos, el viento y los rayos solares, así como las vibraciones atmosféricas, para atender a nuestras verdaderas necesidades —calor, luz, fuerza motriz, etc.—, cortamos los árboles, minamos el subsuelo para extraer del mismo el carbón y otros minerales, explotando ini-

cuamente e inutilizando a generaciones enteras en un trabajo brutal; desequilibramos y esterilizamos el gran cuerpo terrestre amontonando obstáculos infranqueables en el camino de las generaciones venideras.

Porque no hay materia muerta, como no existe la inercia, todo es vida en constante realización, en una vibración perenne, buscando sin cesar formas cada vez más bellas. En la actualidad se estudia la psicología de los minerales también en Occidente. Pero cada descubrimiento o pesquisa de la ciencia occidental no es más que la repetición de lo que fuera ya estudiado e incluso descubierto por los filósofos y científicos del Oriente próximo y remoto. Uno de tales capítulos de la psicología de los minerales es el que se refiere a la memoria de los metales, a su sensibilidad, al problema de su fatiga por causa del funcionamiento o roce y la cura de este cansancio por medio del reposo, etc. No hay lugar alguno, pues, en el que no se manifieste la vida y la inevitable ley de evolución.

La ciencia oficial reconoce en la actualidad la formidable vida interior que encierra la materia en todas sus manifestaciones. Esta, a modo de vida interna, crea, alrededor de cada cuerpo, mediante las vibraciones moleculares, un «campo de fuerza» que irradia por medio de la energía vital o de la del éter, y es así como las cosas y los seres se interrelacionan por conducto de la electricidad o del magnetismo.

Tales campos de fuerza ejercen influencias recíprocas, porque todo se atrae o repele de acuerdo con la solidaridad universal. El Cosmos es un torbellino eterno que se plasma y manifiesta en todo, engendrando una vibración de las fuerzas latentes e impulsando hacia un «devenir» infinito, y, tal vez, inasequible. ¿Quién sabe?

Y la tierra, que no es más que un átomo en el inmenso concierto universal, vibra a su vez y lanza sus influencias en el espacio, las cuales llegan, indudablemente, a otros mundos, cuya energía y cuyo dinamismo viene también a nosotros, como alcanza otras atmósferas en un solidario y perpetuo intercambio de átomos.

Entre el microbio y los inmensos soles sembrados por el infinito existe una interpenetración o correlación de fuerzas a través de la energía vital diseminada por los espacios interestelares. Si se ha comprobado que las muertes súbitas doblan en cantidad durante los períodos en que se manifiestan intensa-

mente las manchas solares (1) y si el «organismo reacciona por medio del sistema vagosimpático contra los cambios de orientación y las modificaciones del campo magnético terrestre, así como por sus reacciones reflejas, evidencia una sensibilidad mayor que ninguno de los aparatos hasta ahora ideados» (2); además, si todo está sujeto a las leyes de la gravitación universal —según Einstein— y recibe la influencia recíproca electromagnética de los «campos de fuerza», todas las leyes escritas y todas las costumbres crueles de los civilizados son como proyectiles lanzados al aire y que vuelven a caer sobre el género humano.

Nuestras continuas luchas, las guerras, la miseria, los contratiempos, etc., son el resultado de nuestros crímenes, de nuestra maldad para con la tierra, para con el prójimo y los animales; son la consecuencia de todos nuestros errores del pasado y de nuestra sujeción a la rutina, a la brutalidad, al egoísmo y a la multicupidez del presente.

La divisa de las sociedades, de las castas o de las democracias fué siempre la divisa de los conquistadores, de los magnates y de las prostitutas: «Aprés nous, le déluge.» Contra esta ridícula caricatura del individualismo se alza, vibrante, la voz de la A. I. B. La sociedad sólo destruye, y todo cuanto logra acumular, explotando el esfuerzo individual, lo utiliza asimismo para la obra de destrucción en las guerras y en las empresas de conquista a sangre y fuego.

Los hombres viven como si el único objetivo de la existencia fuese el de despedazarse como ciudadanos y en nombre de eso que se llama ciudadanía; o bien aniquilarse en nombre de un credo en las Cruzadas y en las noches de San Bartolomé, ya en nombre del Melquart de la Patria o en el del Dios terrible y sanguinario de esas religiones tan poco religiosas. En síntesis, la sociedad se halla organizada de manera que sofoca las energías individuales. Y los Gobiernos, por su parte, son un producto de las sociedades. Son los hijos dilectos de las organizaciones humanas.

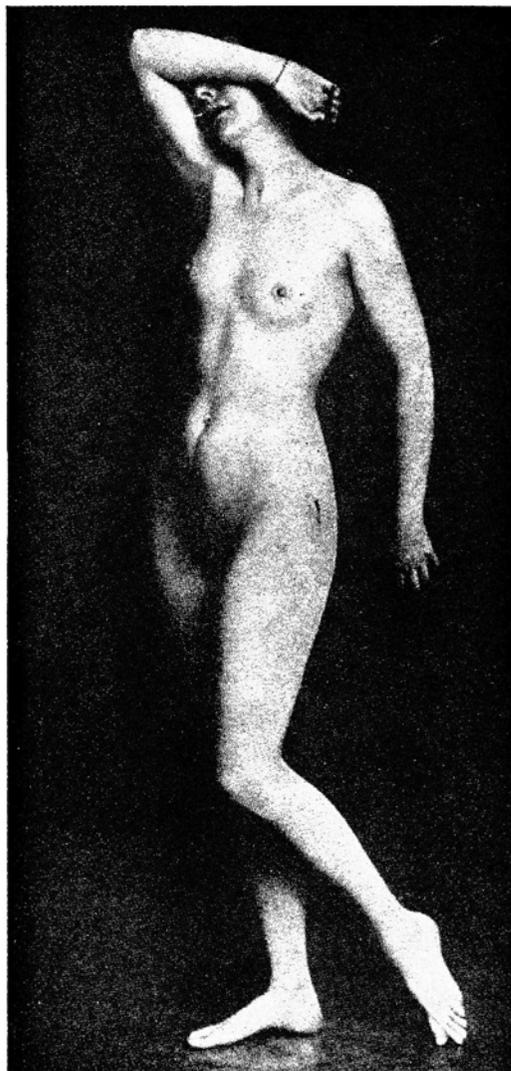
Y ahora se nos ocurre una reflexión, a saber: las sociedades son inevitables, precisas; ¿acaso los Gobiernos serán, también, ineludibles, necesarios? ¿O son tan sólo un

(1) Doctor Maurice Faure de la Malou, en *Côte d'Azur Médicale*, abril 1927.

(2) Doctor Jules Regnault.

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

EPOCA MODERNA - FRANCIA



La Naturaleza fué siempre representada por el Arte en una hermosa matrona, de robusta musculatura y amplias y exuberantes formas.

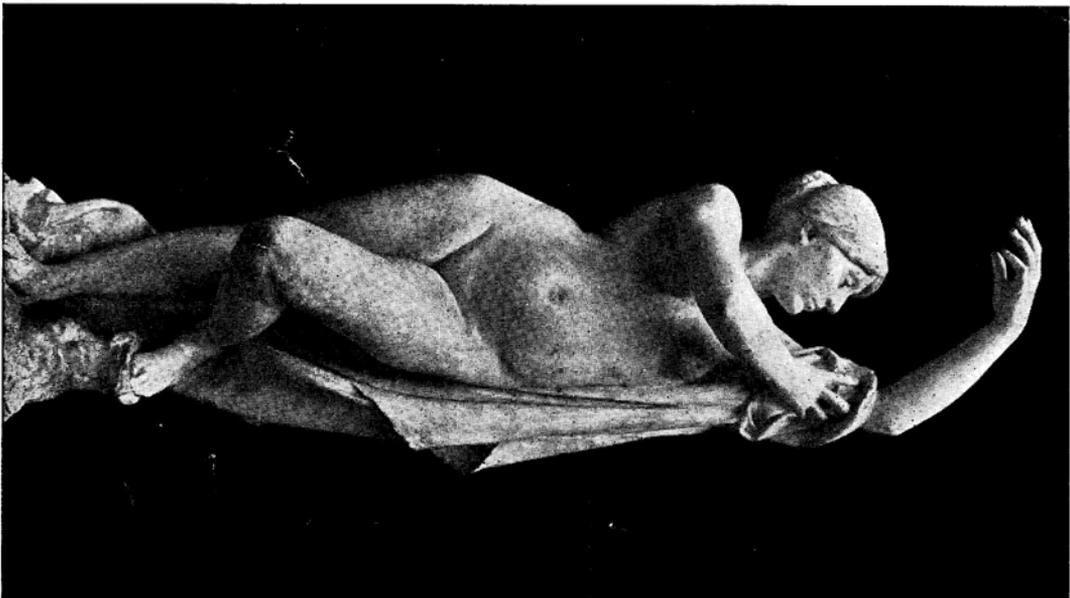
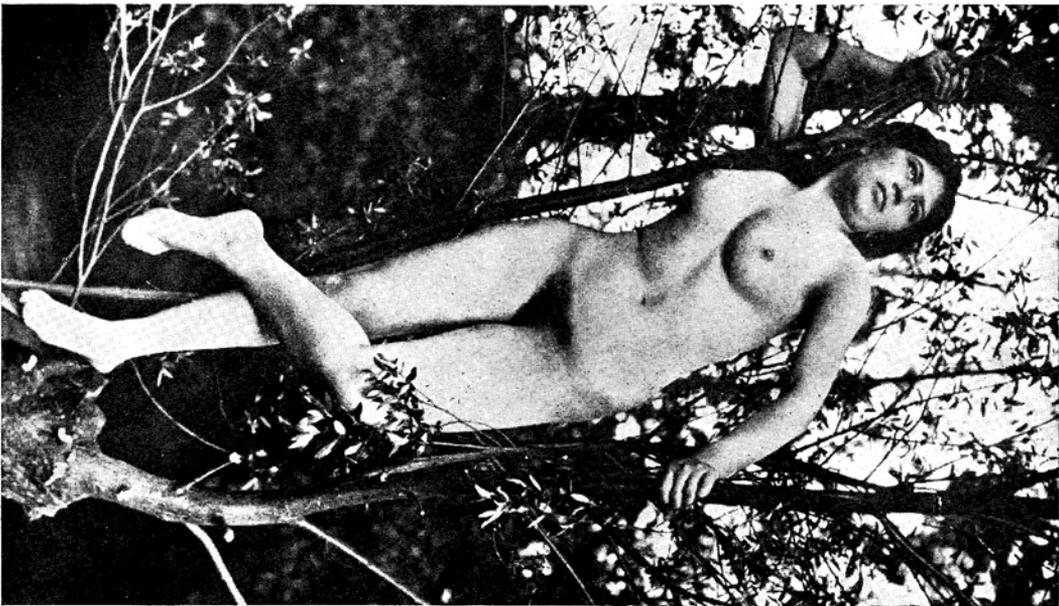
Los antiguos la hacían unas veces hija de Júpiter; otras, esposa de éste. Presidía todo lo existente, y nunca faltaron filósofos que la miraron como el mismo Dios, o como el alma del mundo obrando bajo la voluntad de Dios.

En los tiempos llamados clásicos se la representaba con cuatro o seis senos, para significar su vigorosa fecundidad y el cuidado exquisito que tiene en nutrir a todos los seres y cuidar de su conservación.

Vital Cornu ha modelado una *Naturaleza* magistral; ha hecho una figura en que se unen estrechamente la vida, la hermosura y la fuerza.

LA FIGURA HUMANA EN EL ARTE

EPOCA MODERNA - FRANCIA



Esta figura es una de las más bellas esculturas del Luxemburgo. La delicadeza de la ejecución, a que nos tiene acostumbrados Boucher, se muestra en sumo grado en *Volubilis*, la cual, por su expresión, suavidad y finura de línea, supera a muchas otras obras que el insigne artista ha conseguido hacer famosas. La elegancia y distinción de la actitud son cosas que atraen desde luego la atención y el interés en esta obra; después se admira en ella el exquisito sentimiento que respira toda la figura; y después, distraído un poco el espíritu de la primera impresión, se observa la virginal plasticidad de las carnes, la mórbida redondez de las masas y la corrección clásica de la línea.



producto del servilismo de los rebaños humanos, hijos de la necesidad que sienten las «almas ruminantes» de postrarse, domesticadas y sumisas, ante el señor, el amo o los elegidos de arriba...? Dejemos suspensa esta triste y dolorosa interrogación.

Diremos tan sólo que de nuestra mente han desaparecido desde ha tiempo todas las ilusiones con respecto a la eficiencia de las instituciones gubernamentales, y que nos parece acertado, justo, el concepto ryneriano acerca de los dirigentes bien intencionados: «...Las tentativas de un grupo acaban siempre en una caída sonora y sangrienta en el abismo, o en un deslizamiento imperceptible que conduce de nuevo al punto de partida.»

Y el «tercer reino» de que nos hablara Ibsen, el reino verdaderamente humano, que es la libertad y la realización interior, sólo puede alcanzarse individualmente, nunca por medio de una colectividad o de un grupo, que no puede prescindir jamás del Gobierno exterior, llámese éste Ministerio, Junta o Comité.

Lo que es la vida

Guerra Junqueico

La vida es el mal. La expresión última de la vida terrestre es la vida humana, y la vida de los hombres se cifra en batalla inexorable de apetitos, en tumulto desordenado de egoísmos, que chocan entre ellos, se rompen, se dilaceran. El Progreso lo señala la distancia que va del salto del tigre, que es de diez metros, a la carrera de la bala, que es de veinte kilómetros. La fiera, a diez pasos, nos perturba. El hombre, a las cuatro leguas, llénanos de terror. El hombre es la fiera dilatada.

Nunca los abismos de las olas parirán monstruos equivalentes al buque de guerra con escamas de acero, intestinos de bronce, bocas pavorosas rugiendo metralla, masticando llamas, vomitando la muerte.

La pata prehistórica del atlantosauro aplastaba la roca. Las dinamitas del químico hacen estallar las montañas, como si fueran nueces. Si la garra del mastodonte escarpaba en un cedro, el cañón Krup revienta baluartes y trincheras. Una víbora envenena a un hombre, pero un hombre solo arrasa una capital.

...El matadero es la forma cruda de la sociedad en que vivimos. Unos nacen para reses, otros para verdugos. Unos comen, otros son comidos. Existen criaturas lóbregas vestidas de harapos, minando montes, y criaturas espléndidas de oro y terciopelo deslumbrando al sol.

En el cofre del banquero duermen pobreza metalizadas. Hay hombres que crean en una noche un barrio fúnebre de mendigos. Adornan gargantas de cortesanas rosarios de esmeraldas y diamantes, mucho más siniestros y luctuosos que los rosarios de cráneos al pecho de los salvajes.

Viven cuadrúpedos en caballerizas de mármol, y agonizan parias en cuevas infectas corroídas por la gusanería. La letrina de Vanderbilt costó aldeas de miserables. Y porque los palaciegos devoran pocilgas, todo bulevar grandioso reclama un cuartel, una cárcel y una horca. El dios millón no digiere sin tener la guillotina de centinela. Los hombres reparten el mundo, como los buitres el carnero. A mayor buitre, mayor ración. Hombres hay que poseen imperios y hay hombres que no tienen hogar.

Los pies delicados de las princesas se deslizan brillantes de oro por alfombras, y pies vagabundos pisan sangrientos guijarros y rocas.

Beben champaña algunos caballos de sport; usan anillos de brillantes algunos perros falderos; y algunas criaturas, por falta de un mendrugo de pan, encienden braseros para morir.

¡Bendito sea el óxido de carbono que exhala paz y olvido!

Y la Naturaleza permanece insensible al drama bárbaro del mundo.

Guerras, odios, crímenes, tiranías, hecatombes, desastres, iniquidades, déjanla indiferente e inconsciente como la roca inmóvil azotada por el ala de una avispa.

El clamor atronador de todas las angustias no arranca un ¡ay! de la inmensidad inexorable. La aurora sonríe con el mismo esplendor a los campos de batalla y a la cuna infantil, y las hierbas, golosas, no distinguen la podredumbre de Juana de Arco de la de otros. Rieguen vergeles con la sangre de Iscariote o con la sangre de Cristo, los lirios, inocentes (extraña inocencia), se abren igualmente cándidos y nevados.

Hacia una nueva organización social

por Higinio Noja Ruiz

O la humanidad sucumbe en el más espantoso cataclismo guerrero, retrocediendo a los negros tiempos de esclavitud y de barbarie, o el progreso mecánico, inexorablemente, ha de imponer la nueva sociedad de productores, basada en el libre acuerdo, sin privilegios, sin tiranos y sin odios. ¡Cien millones de seres humanos, condenados a morir de hambre mientras el capitalismo arroja al mar miles de toneladas de trigo para saciar su feroz egoísmo, imponen, inevitablemente, este dilema terrible!

El autor de este libro expone de una manera irrefutable, con datos de una autenticidad irrefutable, que la sociedad libre ya no es un sueño utópico forjado con palabrería de mitin, sino una realidad práctica de posibilidades inmediatas.

¡Leed este libro! ¡Propagadlo en todas partes!

Precio, dos pesetas.

La significación del humanitarismo

Eugen Relgis

En nuestro anterior artículo «La gigantania social» (1), hemos demostrado que el socialismo nos acerca a los ideales humanitarios, pero éstos no podrán realizarse por medio de la simple revolución económica. Un examen aun sumario de la situación en los países socialistas o en vías de serlo, nos demuestra que todavía no nos hemos sustraído a la servidumbre guerrera.

Desde el punto de vista socialpolítico, las guerras son posible aún bajo el nuevo orden. La guerra civil en el seno de una misma nación, ¿no es la guerra? ¿No es esto sangre humana que corre y que clama venganza y que hace llamamiento a nuevas efusiones de sangre? Suprimiendo el orden capitalista, no se suprime la raza de Caín. El empleo millenario de las armas ha desarrollado en las multitudes pacíficas y sociables los llamados «instintos» guerreros o, más bien, el culto de la Fuerza y del Odio patriótico.

La justicia, incluso la justicia socialista, se arma hoy con ametralladoras y lleva coraza y casco de acero... Ella crea así la injusticia y nuevos conflictos armados. ¿Quién puede afirmar que un Estado socialista no empleará nunca las armas contra un Estado democrático o reaccionario? Y las divergencias que puedan surgir entre los diversos Estados socialistas e incluso entre las diversas categorías sociales de un mismo Estado socialista, ¿no serán resueltas por el argumento supremo de los reyes? Considerad también el ejemplo de la Rusia soviética y el de las nuevas repúblicas europeas en vías de hacerse socialistas. Algunos jefes comunistas me han declarado que los socialdemócratas «serán exterminados a

su vez por el ejército comunista, de igual modo que éste ha exterminado a la burguesía y a la aristocracia zarista»...

Ciertos teóricos hablan de los «residuos arquihereditarios y caníbales de la ferocidad guerrera», del «atavismo» guerrero de los pueblos que los amos o «los jefes» —ya sean de «derecha» o de «izquierda»— excitarán siempre sin dificultad unos contra otros. En estas condiciones, ¿no se ve la necesidad de la acción pacifista? Esta es aún más imperativa en la sociedad socialista que crea condiciones más favorables al despertar del pacifismo y de la solidaridad ancestral.

Todas las instituciones socialistas, la escuela, la educación, la ciencia y el arte deben de desarrollar el *sentido humano* en la mayoría que toma parte en la vida social. El alma y la conciencia de los pueblos deben de purificarse. Una vez lograda la revolución económica, ahoguemos «el odio contra la burguesía», contra las categorías sociales no proletarias, aniquilemos la idea de lucha de las clases e injertemos la idea humanitaria en el espíritu de las multitudes. Desarrollando en el pueblo los antiguos *instintos* pacíficos, le haremos adquirir conciencia de su solidaridad, no solamente con los demás pueblos socialistas, sino también con todas las demás razas.

En suma, menester es que en el espíritu y en el corazón de la multitud se haga luz la *conciencia de la especie*. Esto le traerá la convicción de que la guerra entre las naciones, entre las clases y entre las razas es vana desde todos los puntos de vista. Puede llegarse a esa conciencia de la especie, en primer lugar por el conocimiento de la evolución biológica e histórica de la humanidad, y sabiendo que ésta es un organismo —en el

(1) Véase ESTUDIOS, núm. 113, enero de 1933.

sentido biológico y en el sentido espiritual—, y que el progreso internacional de la técnica, de la ciencia, de las artes, lleva, a pesar de los errores del pasado, a la unificación final.

Dense cuenta los socialistas de que ninguna de sus doctrinas podrá romper el lazo elemental que es la identidad de origen de todos los hombres, y que tampoco suprimirá, a través de la diversidad de las herencias y de las facultades personales, la diversidad de su misión especial. La humanidad no puede ser contenida en un molde social, fabricado según cierta ideología. Ella tiene su propio molde, que es el de toda la especie humana, y romperá siempre los moldes sociales en los cuales se intentase oprimirla.

El humanitarismo tiene por idea central lo que acabamos de exponer. Halla su síntesis en la concepción del «organismo de la humanidad», que es diferente de la sociedad, como la patria es diferente del Estado. Para realizarse integralmente, corresponde al ideal socialista modelarse sobre las tendencias naturales de la evolución de la especie humana. Si se convierte en un dogma, será reaccionario, antihumano y compartirá el destino común a todos los dogmas: feudales, eclesiásticos, capitalistas e incluso estéticos. (Se ha visto en estos últimos tiempos, teóricos de una vida estética pura.)

El humanitarismo no puede ser un dogma: no tolera límites fijos ni se inmoviliza. Quiere el libre desenvolvimiento de todas las razas y de todas las categorías sociales, según las leyes impuestas primeramente por la Naturaleza y después por la razón. Proclama ante todo la libre concurrencia de las individualidades creadoras, concibiendo las artes, las ciencias, la ética y la religión como las diversas eflorescencias de la planicie común, ondulante bajo el mismo sol y sustentada del mismo suelo que nutre a cada tronco y a cada tallo con la misma savia...

Para que triunfe el humanitarismo es preciso velar por que las instituciones sociales: la escuela elemental, la universidad, la familia, la nación, el Estado, etc., no correspondan exclusivamente al ideal socialista, sino que éste sea comprendido en los ideales generales humanos: pacifistas, culturales, estéticos, morales y espirituales. Tan sólo así se realizará lo que algunos intelectuales (como Kurt Hiller, en su *Activismo*), llaman «la revolución civilizadora» que vendrá a completar la revolución económica.

Admitimos el término de «revolución»

cuando se trata del factor económico y reconocemos también que la acción revolucionaria del proletariado es una consecuencia natural del estado de hecho creado por la sociedad capitalista reaccionaria. Pero no podemos admitir la expresión de «revolución civilizadora». Es esto un contrasentido que no hace sino prolongar la confusión en el espíritu de los pueblos. Llamemos más bien al humanitarismo: la *EVOLUCION civilizadora*. La concepción humanitarista se funda, en efecto, en la evolución de la especie humana, pacífica y sociable por naturaleza. Tanto más pacífica y evolutiva será la progresión de la humanidad hacia los ideales superiores: de cultura, de estética y de moral. La especie humana sube de grado en grado y sube siempre a pesar de sus decadencias temporales, pues no existe perfección absoluta, sino una eterna marcha ascendente descendente, de una a otra cima...

* * *

Será el humanitarismo el que nos salvará del azote de la guerra y de lo que temen ciertos sociólogos: a saber, que la revolución, que es otra forma de guerra, no se eternice.

—Pero entonces —exclamarán los adeptos de la *struggle for life*—, la humanidad degenerará.

—Al contrario. Libre de la obsesión nefasta del darwinismo aplicado a la sociedad humana, triunfante de la «selección natural» y de la arbitraria selección social, la humanidad podrá comenzar su verdadera LUCHA que no es ni la guerra ni la revolución. Es la lucha que se libra con las armas del Espíritu y es con esto con lo que ha empezado la humanidad: la primer arma del hombre ha sido la solidaridad; la segunda, la mano que cogía la piedra para hacer de ella un hacha y vencer a la materia y a las bestias feroces y no al semejante.

Así, después de la época socialista, podemos prever la realización del humanitarismo. Y de la era materialista actual, que es la de la civilización técnica, la humanidad podrá pasar entonces a los dominios «ideales» de la era espiritual. El espíritu dominará a la materia; el cerebro, libre de la tiranía del estómago, podrá desarrollarse no tan sólo en una élite, en una selección, sino también en el seno de las masas y, después de la humanización de la especie, preparará el nacimiento del superhombre y más tarde el del

demiurgo que hemos evocado, en uno de nuestros artículos, al hablar del sentimiento de la universalidad.

¿Quién puede imaginarse toda la serie de eflorescencias que brotará en los siglos venideros? No vengan los escépticos a ponernos en evidencia las teorías sobre la evolución de la Tierra; que no nos expliquen irónicamente: «La Tierra perecerá un día, y con ella toda su humanidad ideal...»

¡El hombre puede lo que quiere! Si ha

volado sobre los Alpes, volará hacia los astros. Hay bastantes intelectuales que gritan su optimismo lúcido, a la manera del teórico del Activismo. Si el hombre puede prolongar la vida, sabrá vencer a la muerte. El porvenir es infinito y las posibilidades vitales son inagotables. Los intelectuales, libres y voluntarios, lo saben, pues ellos son los combatientes del Espíritu, unitario y creador en las armonías universales.

(Traducción de E. Muñiz.)

Para una antología de temas pedagógicos

Cómo se debe enseñar

Locke

La verdadera manera de enseñar..., es inspirar a los niños el gusto y el amor por los estudios que se les proponen; es excitar por esto su actividad y su aplicación. No creo que sea difícil obtener este resultado si los niños son manejados como deben serlo...

Ninguna de las cosas que han de aprender, debe ser nunca un fardo para ellos, ni deben imponérseles como una tarea. Todo lo que se les propone así, se convierte inmediatamente en desagradable; el espíritu toma aversión por ello, aun cuando antes le fuera agradable o indiferente. Dése a un niño la orden de jugar al trompo todos los días a la misma hora, tenga o no ganas de hacerlo; imponedle este juego como una obligación, a la cual deba consagrar muchas horas, mañana y tarde, y veréis si pronto no le disgusta una diversión que le sea impuesta en estas condiciones. ¿No ocurre lo mismo con los hombres? Lo que hacen por placer, ¿no se les convierte en una carga cuando se les exige como un deber? Pensad de los niños lo que queráis; pero estad seguros de que tienen en el mismo grado que los más orgullosos entre los hombres ya hechos, la ambi-

ción de mostrar que son libres, que sus buenas acciones son obra suya y que su independencia es absoluta.

Como consecuencia de esto, es preciso no obligar a los niños a hacer ni aun aquellas cosas cuya afición les hayáis ya inspirado, sino en los momentos en que esté su espíritu en disposición de ello. Las personas a quienes les gusta leer, escribir, hacer música, etc., saben bien que hay momentos en los que no tienen ningún gusto por estas ocupaciones, y si en esos momentos se les obliga a ello, no consiguen sino atormentarse y fatigarse, sin resultado. Lo mismo ocurre con los niños. Observemos, pues, con atención todos los cambios de humor, y apresurémonos a apoderarnos de todos los momentos favorables en que están bien dispuestos y en estado de comprender lo que les enseñamos; y si por sí mismos están rara vez dispuestos, podréis, con palabras, hacer nacer en su espíritu esta buena disposición antes de que se pongan a otra cosa. Pienso que esto no es cosa difícil de hacer para un preceptor discreto que haya estudiado el temperamento de su discípulo, y que se haya

Estudios

tomado el trabajo de llenar su espíritu de ideas apropiadas que le inspiren gusto por el estudio de que se trate. Así se economizaría mucho tiempo y mucho esfuerzo, porque un niño aprende tres veces más cuando está de humor, que si empuéase el doble de tiempo y esfuerzo trabajando sin gusto y sin disposición. Si se tomasen en este punto las precauciones convenientes, se podría dejar a los niños jugar hasta la saciedad; todavía tendrían bastante tiempo para aprender lo que está al alcance de su edad. Pero en el método que se sigue ordinariamente no se toman, ni se pueden tomar, tales precauciones. La ruda disciplina del látigo está fundada sobre otros principios, pues no tiene atracción alguna, no atiende al humor que el niño tenga, ni estudia los momentos favorables en que se despierte la afición. Y, en efecto, cuando se ha excitado la aversión del niño al estudio por la violencia y los golpes, sería ridículo esperar que abandonará el juego voluntariamente y por su gusto, y que buscará por sí mismo las ocasiones de estudiar. Y, sin embargo, pudiera conseguirse, cualquiera que sea la cosa que haya que enseñarle, que el estudio le divir-

tiese del juego, lo mismo que el juego le divirtiese del estudio. El trabajo es el mismo de los dos lados; y no es el trabajo lo que aburre a los niños, porque a ellos les gusta estar ocupados; el cambio, la variedad, les proporciona naturalmente placer. El encanto del juego a sus ojos es el de que obran libremente, que emplean sus esfuerzos como quieren (y podéis observar que no los economizan). Por el contrario, lo que se les hace aprender les es impuesto; se les llama, se les obliga, se les lleva a la fuerza al estudio; esto es lo que desde el principio les perturba y les enfría; echando de menos su libertad. Conseguid que pidan por sí mismos a sus maestros que se les enseñe, como ocurre que lo piden con frecuencia a sus camaradas de juego, y que no sea ya el maestro el que les recuerde la hora de la lección, y entonces satisfacedle haciéndole obrar tan libremente en esto como lo hacen en otras cosas, y pondrá gran placer en el estudio, que no diferirá de sus otros juegos y deportes. Siguiendo cuidadosamente este sistema, podréis llevar al niño a desear aprender todo lo que tengáis intención de enseñarle.



El razonamiento unilateral

¡Abajo la guerra!

J. Novicow

Los que atribuyen a la guerra beneficios morales, cometen un sorprendente error de razonamiento; no piensan más que en la defensa, nunca en el ataque.

«Hay que vencer alguna repugnancia —dice Simondi— para atreverse a decir que la guerra es necesaria a la humanidad, que esas mismas guerras privadas que llamamos duelos conservan entre nosotros algunas virtudes. Sin embargo, se ha visto que en naciones en otro tiempo célebres por su denuedo cuando se las ha alejado de todo peligro, cuando se les ha prohibido el uso de armas, cuando se ha destruído en ellas la idea del honor que hace desafiar a la muerte, se ha perdido, con el valor militar, la misma fuerza que mantiene las virtudes domésticas; se las ha visto envilecidas en la paz por la misma causa que las exponía a ser conquis-

tadas en la primera guerra; y ha podido uno convenirse de que, para hacerse digno de vivir, el hombre debe aprender a arrostrar el peligro y la muerte.»

Estas palabras son típicas. Sin duda, defender los derechos con peligro de la vida es una acción de las más generosas; sin duda, las sociedades que no quieren decidirse a ello caen pronto en la mayor abyección; pero... se olvida el otro lado de la cuestión. Para que los unos se vean obligados a defender sus derechos con peligro de su vida, preciso es forzosamente que haya otros que violen aquellos derechos, también con peligro de su vida. No puede haber defensa sin que haya necesariamente un ataque.

Otro ejemplo: Jahus no encuentra nada que decir «contra las guerras de engrandecimiento y de expan-

sión; pero las que prefiere a todas las otras son las guerras verdaderamente defensivas; éstas son las más nobles, las más gloriosas».

La equivocación de Jahus es verdaderamente sorprendente. ¿Cómo puede ser posible una guerra defensiva si no hay de otra parte una guerra ofensiva? El más débil castillo de naipes no se desmorona si no se le sopla; el hombre más tímido del mundo puede vivir tranquilo si nadie viola sus derechos, es decir, si nadie le ataca.

Puede todavía recogerse en el libro de Jahus otra perla de razonamiento unilateral. Pretende justificar la guerra diciendo que es un derecho y que «el primero de todos y el más inevitable es el derecho de vivir». Seguramente; pero no el de matar. Ahora bien; sin asesinos no habría nunca víctimas.

Vemos algunos pueblos que han caído en una profunda abyección. Tales son los bengaleses. Desde tiempo inmemorial han sufrido todas las conquistas sin una sombra de protesta. Cualquiera que sea el invasor que se apodere de su país, le obedecen sin la menor resistencia. La degradación de los bengaleses es desconsoladora; no tienen ninguna energía viril; son rastrosos, mentirosos, falaces, falsos; en una palabra: la hez de la humanidad.

Se dice que los bengaleses han llegado a tal punto de abyección, porque no han sabido guerrear y defender a su patria. Pero nadie piensa que los bengaleses hayan caído tan bajo porque les hayan atacado y hecho la guerra otros pueblos. Esta manera de ver es, sin embargo, la más justa. Suponed, en efecto, que Bengala no hubiera sido nunca invadida por una serie de bandidos amparados con el pomposo nombre de conquistadores; suponed que los habitantes de ese país no se hubiesen visto nunca obligados, con el puñal al pecho, a entregar a los agresores los nueve décimos de sus productos; suponed que los derechos de los bengaleses no hubieran sido nunca violados, que no hubiesen sido tiranizados de la manera más infame. Esos hombres llevarían la frente alta. Serían altivos, dignos, y tomarían tal vez por divisa: «Dios y mi derecho.» Si nadie hubiera oprimido a los bengaleses, no hubiesen tenido necesidad de llegar a ser embusteros, falaces y rastrosos. El hombre adquiere estos defectos porque los cree provechosos. En un país en el que se respetan todos los derechos, nadie se siente inclinado a cometer bajezas completamente inútiles y siempre penosas.

¿Por qué han llegado a ser los bengaleses la hez de la humanidad? «Porque no han sabido defenderse», dicen los rutinarios de cortos alcances. No es esto; porque han sido atacados. He aquí la causa primera.

Solamente merced a la extraña aberración del razonamiento unilateral se puede atribuir beneficios morales a la guerra.

Cuando en el seno de la sociedad culta un hombre atenta a los derechos de otro, todas nuestras simpatías son para la víctima, todo nuestro odio y nuestro desprecio para el agresor. X ha intentado asesinar a Z. Z queda solamente herido. Le cuidamos, le demostramos la mayor solicitud. X, por el contrario, es separado de la sociedad, es un criminal; todo hombre honrado estima vergonzoso tratarle. X es juzgado y guillo-

tinado. Pero nuestra moral cambia de pronto en cuanto se trata de relaciones internacionales. Entonces, por la más extraña de las aberraciones, toda nuestra simpatía, toda nuestra admiración, es para el violador de los derechos de sus semejantes (el glorioso conquistador); todo nuestro odio, todo nuestro desprecio, para las víctimas. Sin la serie de bandidos que invadieron a Bengala, los habitantes de este país no tendrían sus actuales vicios. Pues bien, cosa extraña; nuestro desprecio es para los desgraciados corrompidos y no para los miserables corruptores.

En resumen; defender los derechos propios con riesgo de la vida, preferir la muerte al deshonor es grande, bello, generoso. Pero atentar a los derechos ajenos, robar, saquear, despojar, tiranizar las conciencias, son acciones viles, bajas y abyectas.

Ahora bien; todo agresor las concreta necesariamente. Como no puede haber guerra sin que haya un agresor, la guerra es, por consiguiente, una de las causas principales de la degradación de la especie humana.

La cómica

Nietzsche

Si consideramos que el hombre durante centenares de miles de años fué un animal accesible al temor en grado supremo, y que todo lo que es repentino, inesperado, le obligaba a estar pronto a combatir, quizá pronto a morir; que más tarde aún, en el estado de sociedad, toda seguridad descansaba sobre la tradición en el pensamiento y la actividad, no debemos admirarnos de que en presencia de todo lo que es repentino, inesperado en palabra y en acción que se produce sin peligro ni daño, el hombre se sienta aliviado, pase a lo opuesto del temor; el ser que temblaba de angustia, volviendo sobre sí mismo, se extiende, se solaza de placer: el hombre ríe. Esta transición de una angustia momentánea a una alegría de corta duración, es lo que se denomina lo cómico.



Preguntas y respuestas

R. Remartínez

PREGUNTA: *¿Muere el espíritu al morir la persona?*—S. García.

RESPUESTA: A esta pregunta podría usted obtener respuestas contradictorias según quien la responda. Yo, por mi parte, creo que no. Es difícil a la razón aceptar el que la individualidad tan ardua y trabajosamente conseguida por el hombre a través de evolución puede destruirse y aniquilarse totalmente en la Nada. No tengo la menor duda de que de alguna forma se continuará la actuación del principio que nos anima y hace sentirnos autoconscientemente. La titánica empresa de la Naturaleza por elevar al hombre a través de la filogenia, desde el bruto a su actual categoría, y su tendencia evolutiva eterna e invariable, es absurdo suponer que no obedezcan a un fin, que no tengan una motivación o no estén sujetas a un plan superior, de cuya magnitud el hombre no puede formarse idea. Que todo ese esfuerzo que culmina en la individualidad consciente, atributo que es el privilegio del hombre, se pierda luego al morir y todo termine en un poco de polvo es, a mi juicio, inadmisibile. «La muerte —decía Castelar— mirada desde abajo parece un pudridero; mirada desde arriba parece una floriscencia. Donde unos ven un ser aniquilado ven otros un recién nacido.» Pero, esto no obstante, hay opiniones para todos los gustos.

PREGUNTA: *De don J. Carbó Juliá.*

RESPUESTA: El ser sietemesino no quiere forzosamente expresar que se sea débil o enfermizo. Muchos lo son y luego se han hecho fuertes, sanos y fecundos. Lo que importa para contraer matrimonio y procrear no es el hecho de serlo, sino que se halle el individuo sano y sea vigoroso.

PREGUNTAS: *Teniendo que ir alimentando una locomotora, expuesto, por tanto, a temperaturas extremas, ¿cómo evitar la sed? ¿Qué agua es mejor? ¿Es muy necesaria la sal en los alimentos cocinados? ¿Es perjudicial el empleo del bicarbonato en el agua*

para ablandar las legumbres?—Diego Moreno.

RESPUESTAS: A la primera: Siguiendo un régimen de alimentación vegetariana sufrirá mucho menos la sed. En todo caso puede beber el agua mezclada con un poco de zumo de limón, que la mitiga bastante más que el agua sola.

A la segunda: La sal puede prescindirse de ella por cuanto los alimentos llevan ya en su composición, más o menos, cierta cantidad de cloruro sódico. No obstante, una pequeña cantidad en las ensaladas, por ejemplo, puede ser tolerada. Su abuso es, desde luego, altamente perjudicial.

A la tercera: Debe rechazarse el empleo del bicarbonato a este fin. Es preferible utilizar un agua más fina, natural.

PREGUNTA: *De Pilar Planas.*

RESPUESTA: No puedo aconsejarla sin ver al niño. Probablemente será cuestión de algún aparato de ortopedia, a más de algunos ejercicios, etc.

PREGUNTA: *¿Cree posible que algún día los hombres consigan su intento de comunicarse con otros planetas?*

RESPUESTA: Nadie puede decir que sea imposible este empeño y que no sea factible algún día. Hemos visto tales prodigios y estamos familiarizados con tantas maravillas, que es peligroso negar la posibilidad de tal cosa. Si hace algunos años solamente se nos hubiera afirmado la posibilidad de la televisión, por ejemplo, nadie lo hubiera creído y habría sido tildado de loco quien lo pretendiera. Y, sin embargo, este prodigio es, como tantos otros, un hecho hoy en día.

En cuanto al intento que indica, se dice que acaso pueda ser factible si no en aeroplanos o globos (que precisan de atmósfera para su traslación y funcionamiento) en vehículos impulsados por cohetes o por explosiones químicas.

Las últimas picuetas de la Iglesia

F. Baethe

CUANDO EL HITLERISMO ESTABA EN LA OPOSICION

Como minoría subversiva de una Alemania en descomposición; cuando aún no era una esperanza seria de dictadura dominante, la Iglesia teutona habíale puesto el índice, como la Iglesia francesa ha hecho con la fracción realista de León Daudet. Mas apenas Hitler y sus falanges triunfaron, los obispos alemanes rompen la prohibición y posttran la Iglesia a sus pies.

No podía proceder de otro modo esa Celestina de los poderosos, fueren quienes fueren. Sigue la norma que se ha trazado a través de la Historia. Se ha encauzado por el curso propio y natural a su política de hipocresía, de adulación y de contubernio con los fuertes.

No podía suceder de otra manera. De los poderosos, el apoyo y la protección. A cambio de ello, la Iglesia les arrastrará a sus plantas los rebaños sumisos y mondados. Ella, la cínica, hará que las falanges inconscientes dobleguen su cerviz al hacha del tirano.

En 1914-18, la Iglesia, cuyo alto deber espiritual era el de preconizar la paz y de interponerse entre los países beligerantes, hizo todo lo contrario. Sus altos representantes dividiéronse al son de los nacionalismos diversos, azuzando la masacre y campeando entre los más encarnizados *jusqu'aboutistes*. En el seno mismo del Vaticano, los cardenales se combatían a dentelladas, olvidando que eran los representantes legales, industriales y profesionales del que había muerto por legar a los hombres un ideal de paz, de amor y de fraternidad.

Como en 1914-18, los altos dignatarios de la Iglesia se hallan separados según la ley de patrias, superior sin duda a la de la teología. Mientras los obispos alemanes depositan las armas a los pies del hitlerismo, para coger el incienso, el cardenal Verdier, uno de los más encopetados príncipes de la Iglesia galaica, viene de lanzar una pastoral, condenando las persecuciones contra los israelitas alemanes por el hitlerismo ensorbercido y ultranacional. Y todos, los unos como los otros, se expresan en nombre de la Iglesia única e indivisible. Los prelados franceses, como los alemanes, se esfuerzan en ser útiles a los que gobiernan en sus respectivos países, seguros de rendir un gran servicio a la Iglesia, la cual, después de todo, necesita de la suma (aunque sea heterogénea) de todas las potencias que dominan al pobre mundo destrozado y sangrante, aunque para ello puedan sobrevenir *Bella matribus detestata*.

La Iglesia, en Alemania como en Francia, como en todas las naciones, está siempre al lado del militarismo, y cuanto más bélico, mejor.

Los más fervientes partidarios de la solución de los problemas de orden internacional por la fuerza son, en Francia, cuando no gentes de la Iglesia, religiosos practicantes o religiosos pasivos; pero defensores de la Iglesia y partidarios de la dirección del Estado o del predominio de las funciones del Estado por la Iglesia. Discutiendo con un individuo de esta índole política, hícele remarcar la posición extraña de la Iglesia en todos estos debates políticos sobre la política exterior y aún mejor durante la guerra, me repuso que la Iglesia no prohibía a na-

die «tener una patria». A lo cual contesté yo que la Iglesia no podía, sin embargo, exhortar a los individuos a «matar ni a matarse por ella», puesto que los unos, como los otros, eran sus súbditos.

Según se desprende de la mentalidad de los individuos de esta especie, acatan la opinión de la Iglesia por muy extraña y contradictoria que sea y adoptan su actitud sin vacilaciones ni reticencias por lo mismo que

juzgan no tener opción entre la aceptación o el rechazo de las mismas. Así, cualquiera que sea la actitud de la Iglesia, los fanáticos que siguen sus evoluciones sin pestañear no serán capaces de comprender lo sospechoso e inexplicable de estas últimas piruetas de viejo payaso que sonríe a todas las demostraciones de la fuerza brutal, aunque hagan brotar sangre humana.

Bibliografía

POETAS DE LA REVOLUCION: JESUS SANSON FLORES.

No es corriente hallar en nuestro tiempo poetas que en realidad sean modernos. Modernistas, sí los hay. Quizá con exceso. Modernistas que ajústanse a los nuevos ritmos para expresar mal ideas viejas mandadas ya a retirar. Modernistas que creen hacer bastante con rehuir la antigua métrica, pero sin henchir de modernidad sus versos, que así resultan fuego de artificio, pirotecnia verbal, desfile de imágenes dislocadas y dislocantes. El contenido no importa. A veces, ni la belleza.

En Jesús Sansón Flores hallamos al poeta moderno tal como nosotros lo concebimos, hecho de una sola pieza, sin trampa ni cartón.

Sus producciones son llamaradas, viriles gritos de condenación y protesta, ráfagas huracanadas que soplan sobre la inmensa hoguera que en la actualidad es el mundo y avivan el fuego santo que ha de consumir y purificar tantas cosas manchadas y carcomidas por el uso y por el tiempo. Y todo esto, encerrado en un broche primoroso de gracia, arte y belleza.

Este gran poeta nació en Méjico. No ha cumplido aún los veinte años. Su obra, relativamente extensa ya, ha merecido por parte de los gobernantes de su país la más alta consagración: ha sido condenada al fuego. Y él se ha hecho acreedor a una persecución tenaz y constante. Acreedor y merecedor. Se ha empeñado en gritar su verdad sin tapujos ni disfraces en una sociedad de hipócritas y falsarios; hacer armas contra el inicuo sistema capitalista, al que zarandea y desnuda a zarpazos; alienta con su lira de rebelde, que maneja como un hacha y fulmina como un rayo, el ímpetu revolucionario del pueblo; y, claro, merece la persecución de que es objeto. ¿Cómo conoceríamos y distinguiríamos tan pronto a los nuestros, si no nos los mostraran los

fariseos a toda luz en la cumbre de todos los calvarios?

Leyendo a Sansón Flores se siente uno como arrebatado por un violento viento de protesta, y, al mismo tiempo, seducido por la belleza recóndita que engalana sus estrofas, sin restarles vigor.

Al final de la presentación de uno de sus libros, *Clarinadas*, leemos:

*Y cuando esté ya viejo, sus brazos destroncados
dirán que fué en la primavera un buen sauz,
que sirvió para hacer muchos cayados
y murió transformado en una cruz.*

No sólo expresa justamente este verso lo que su libro es, sino que dice, por extensión, lo que toda obra valiosa significa: cayados, para que en ellos se apoyen los peregrinos del Ideal, y cruces, porque éstas son símbolos de martirio y redención.

De sus inquietudes sociales dice bastante esta bella estrofa, que no podemos sustraernos al deseo de transcribir:

*¡Y es justo ya que el hombre sea dueño de sí mismo,
que ponga notas rojas en todas sus canciones:
sin hambre, las mujeres no irán hacia el abismo,
y con tierra, los hombres no irán a las prisiones!*

Fustiga con denuedo todos los vicios, todas las mentiras, todas las vilezas y todas las injusticias sociales. Véase una muestra:

*Mentira que en las hórridas prisiones
los hombres que delinquen se redimen;
los códigos los hacen los ladrones
y sirven para atar a los que gimen.*

O esta otra:

*No creas en la justicia del sicario;
¡huye de los serviles besamanos!
La justicia la tienes, proletario,
en la fuerza implacable de tus manos.*

Y ¿para qué continuar copiando?

Toda la obra de este muchacho, nervio y llama, es robusta y ardiente. Con frecuencia dejamos de compartir su criterio, pero siempre nos seduce la honrada sinceridad con que escribe.

No es un poeta modernista. Es moderno, que es mejor. No hallaréis en sus poemas lágrimas ni lamentaciones. No os evocarán frágiles siluetas de damitas lánguidas minadas por la clorosis, que suspiran gemebundas al claro de luna, arrulladas por el rumor de la fontana cantarina. Ni os hablarán de amores desgraciados ni de besos furtivos.

La vida impone al poeta el deber de «romper la lira cortesana para empuñar la lira de combate». Hay en nuestra época tragedias más hondas y dolores más acerbos que los que pueden producir en un corazón enamorado el desvío, la incompreensión o el desamor de la persona amada. Como hay también empeños más altos y de mayor envergadura, que el que supone conquistar la atención de alguna bella, dedicándola piropos en versos delicados. Hay necesidad de crear una sociedad nueva en la cual, por la variedad y riqueza de matices de su sensibilidad bien educada, pueda ser cada hombre un poeta, aunque jamás se le ocurra expresar sus sentires en renglones cortos y rimados.

Jesús Sansón Flores lo ha comprendido así. Y se ha puesto al servicio de la revolución incondicionalmente, como poeta y como hombre. Como, además, es verdaderamente un gran poeta, para nosotros es un placer presentarle en España. O un deber que cumplimos con sumo gusto.

HISTORIA DE LA CULTURA RUSA, por M. Pokrovski. Editorial España, Madrid.

Pokrovski es marxista y es natural que en este libro se ajuste a la interpretación materialista de la historia. No quiere decir esto que la obra no ofrezca más de un aspecto de un interés extraordinario. Hasta en lo que podemos calificar de errores, destaca ese interés.

Nosotros tenemos de la historia un concepto muy parecido al del autor de este libro. Creemos que la marcha de la humanidad hacia su ley de finalidad, o sea, la historia del desenvolvimiento humano, debe interpretarse a través de los hechos y muy especialmente del hecho económico. Historiar la evolución, los cambios constantes que han sufrido y sufren los factores económicos y la ordenación de la economía, sería escribir la más grande obra que el ingenio humano pueda concebir. Pero...

Lo que no nos convence es que el historiador se sujete para la interpretación de los hechos que ha de narrar, a una teoría preconcebida. Primero se produce el hecho, después viene la interpretación y el estudio de sus relaciones. Es nuestro criterio.

M. Pokrovski, en esta *Historia de la cultura rusa*, se

sujeta a un método, a nuestro juicio, acertado, pero incurre en el error de sujetarse a una determinada escuela económica para interpretar los hechos, lo que equivale a decir que historia con falsilla.

Aparte esto, este libro tiene un valor indudable. El lector puede aceptar o rechazar la interpretación que da a los hechos el historiador, mas siempre quedan esos hechos, que justo es reconocer presenta Pokrovski a todo relieve. Y esto es algo de un mérito destacado.

Esto, sin contar que el libro, muy bien documentado, está escrito con absoluto rigor científico y con una claridad admirable.

CONCORDANCIA DEL ESPIRITISMO CON EL COMUNISMO Y EL ANARQUISMO, por José María Reyes. Editorial Maucci, Barcelona.

Integran este volumen una colección de ensayos publicados en revistas y periódicos espíritas, que no carecen de mérito.

El título que el autor da a su libro no deja de prestarse a comentarios del más diverso orden. Sin embargo, se ajusta al contenido como el guante a la mano.

El fenómeno tiene su explicación lógica. El espiritismo, en su tendencia moral y moralizadora, se ajusta al primitivo cristianismo. El no hagas a otro lo que no quieras para ti, forma lo que podríamos llamar sistema moral de la doctrina espírita, y, claro, en ese sentido, no tiene más remedio que concordar con el anarquismo que ofrece también en su aspecto moral y humano una gran semejanza con las doctrinas puestas en circulación por Jesús y sus apóstoles.

Dicho esto no es preciso entretenerse en hacer resaltar el valor de esta obra. El lector atento hallará en su contenido ingenuidades y contradicciones, pero no dejará de advertir también una gran sinceridad y el noble deseo de ser útil al prójimo de alguna manera. Esto sólo merece ya de por sí cierto respeto. Y que se lea el libro con la misma nobleza y buena intención con que fué escrito.

ORIGEN DE LA TIERRA Y DEL HOMBRE, por A. Martínez Novella. Biblioteca Cultura, Barcelona.

Otro fruto bien logrado de la laboriosidad de Martínez Novella. Libro de vulgarización que pone al alcance de todas las inteligencias las más grandes leyes de la ciencia y da noticias claras, concretas y precisas de los principales fenómenos de la vida.

Deberíamos hacer un comentario extensísimo para hacer notar el valor cultural de esta obra y aún no lograríamos destacar sus méritos.

No es fácil decir más cosas ni decir las mejor, en un volumen de 300 páginas.

Martínez Novella ha escrito una verdadera enciclopedia en la que nada importante de nuestros actuales conocimientos sobre las cuestiones más diversas y dispares, deja de encontrarse.

Admira la cantidad de trabajo, de documentación paciente, de observación y de estudio, que representa este libro. Pocas cosas que el lector de una cultura incompleta desee consultar, dejan de hallarse en este

libro. Y todo está tratado con singular dominio y expuesto en un lenguaje tan claro y sencillo como sintético.

Felicitemos muy efusivamente a Martínez Novella por esta nueva prueba de su laboriosidad y recomendamos a todos los amantes de la cultura la adquisición y estudio de esta obra.

TRES ENSAYOS SOCIALISTAS, por Eugenio Pagán. Colección Balagué, Barcelona.

Pagán ha logrado hacer un libro interesante, estudiando, exponiendo y criticando, en estos ensayos, el cooperativismo, el colectivismo y el comunismo.

Todos los temas están bien enfocados y expuestos con claridad desde un punto de vista imparcial y objetivo. No encontrará el lector resabios de dogmatismo sectario a través de las páginas de este libro que el autor ha escrito con el deseo de servir a la noble causa de la redención humana y de contribuir a disipar un tanto las nieblas del confusioismo ideológico imperantes en esta época de transición y dislocado dinamismo.

No creemos necesario decir que recomendamos la lectura de esta obra, en la seguridad de que así prestamos un verdadero servicio a la causa de la cultura.

ALMANACCO LIBERTARIO PRO VITTIMI POLITICHE PARA 1933. Editor responsable, Carlo Figerio. Ginebra.

Impreso en italiano hemos recibido un ejemplar de este magnífico almanaque, que nuestros camaradas de Italia vienen publicando a favor de las víctimas político-sociales.

Con una presentación esmerada y una colaboración selecta, esta publicación representa un verdadero alarde de buen gusto y de sana orientación informativa y doctrinal.

En este número encontrará el lector escritos de Malatesta, Luis Fabbri, Luce Fabbri, Cañero, Jules Valles, Aldeghi, Duhamel, Damiani, y tantos otros de renombre internacional y de probada consecuencia ideológica.

Creemos no es necesario decir más para que se comprenda la valía indudable de esta publicación.

CAMPEZINOS, por J. Rodríguez Mateo. Librería e Imprenta Moderna, Sevilla.

La musa andalucista tiene en Rodríguez Mateo su más destacado representante. En estos poemas andaluces, decorados por el lápiz de Martínez de León, se puede admirar una vez más la facilidad y el amor con que este poeta logra captar motivos emocionales y coloristas de la vida en las campiñas andaluzas.

Cada uno de estos poemas es un cuadro a todo color de la vida del paria del agro andaluz y, al mismo tiempo, una sinfonía vibrante y viva por su musicalidad y energía.

Leyendo a Rodríguez Mateo, se ve la campiña ancha y tensa, los campos sombríos o alegres, al campesino con sus afanes, sus esperanzas, sus trabajos, sus aspiraciones y sus pasiones. Toda la vida campesina, vista a través de los ojos llenos de luz de este poeta enamorado de la Naturaleza y de la vida campera.

Nosotros hemos experimentado las emociones más diversas leyendo este libro, y conste que no somos muy propensos a emocionarnos leyendo versos. Quizá sea esto lo mejor que podríamos decir del mérito del mismo.

H. N. R.

El placer

Shelley

Es difícil definir el placer en su más alto sentido, pues la definición envuelve bastantes paradojas aparentes. Porque por una inexplicable falta de armonía en la constitución de la naturaleza humana, el sufrimiento de la parte inferior de nuestro ser está frecuentemente unido con los placeres de la superior. Pena, terror, angustia, hasta desesperación, son a menudo las expresiones de una aproximación al bien más alto. Nuestra simpatía hacia la ficción trágica depende de este principio; la tragedia deleita porque trae una sombra del placer que existe en el dolor. Este es también el origen de la melancolía, que es inseparable de la melodía más dulce. El placer que está en la tristeza es más dulce que el placer del placer mismo.



Una página maestra

De la justicia

Proudhon

¿Qué es la justicia? Los teólogos contestan: «Toda justicia viene de Dios.» Esto es verdad, pero nada enseña.

Los filósofos deberían estar mejor enterados: ¡han disputado tanto sobre lo justo y lo injusto! Desgraciadamente, la observación prueba que su saber se reduce a nada, y que les sucede lo mismo que a los salvajes que dicen al sol por toda plegaria: «¡Oh! ¡Oh!» Es éste un grito de admiración, de amor, de entusiasmo; pero quien quiera saber qué es el Sol, obtendrá poca luz de la interjección ¡Oh! Este es precisamente el caso en que nos hallamos con los filósofos, en relación a la justicia. La justicia —dicen— es *hija del cielo, luz que ilumina a todo hombre al venir al mundo, la más hermosa prerrogativa de nuestra naturaleza, lo que nos distingue de las bestias y nos hace semejantes a Dios*, y otras mil cosas parecidas. ¿A qué se reduce, pregunto, esta piadosa letanía? A la plegaria de los salvajes: ¡Oh!

Lo más razonable de cuanto la sabiduría humana ha dicho acerca de la justicia, está resumido en este famoso adagio: *Haz a los demás lo que quieras que se te haga; no hagas a los demás lo que no quieras que te sea hecho*. Pero esta regla de moral práctica es nula para la Ciencia: ¿Qué tengo yo derecho de querer que se me haga o que no se me haga? Nada significa decir que mi deber es igual a mi derecho, si no se explica al mismo tiempo cuál es este derecho.

Intentemos llegar a algo más preciso y más positivo.

La justicia es el astro central que gobierna las sociedades, el polo sobre el cual gira el mundo político, el principio y la regla de todas las transacciones. Nada se hace entre los hombres sino en virtud del *derecho*; nada sin la invocación de la justicia. La justicia no es, de ningún modo, obra de la ley; al contrario, la ley no es más que una declaración y una aplicación de lo *justo* en todas las circunstancias en que los hombres puedan hallarse en relación de intereses. Así, pues, si la idea que concebimos de lo justo y del derecho está mal determinada; si es incompleta o falsa, es evidente que todas nuestras aplicaciones legislativas serán malas, todas nuestras instituciones viciosas, toda nuestra política errónea: por tanto, que habrá desorden y malestar social.

	En rústica	En tela	Pesetas
CUENTOS DE ITALIA, por Máximo Gorki.	2	3'50	
ANISSIA, por León Tolstoi	3	4'50	
PROBLEMAS TRASCENDENTALES, por Tátrida del Mármol	1'10		
LA TRANSFORMACION SOCIAL DE RUSIA. COMO SE FORJA UN MUNDO NUEVO, por Máximo Gorki	2	3'50	
¿QUE HACER?, por León Tolstoi	2	3'50	
LA EDUCACION SEGUN LA NATURALEZA, por Daniel L. Coello	4		
POETAS Y LITERATOS FRANCESES, por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3		
INFANCIA EN CRUZ, por Pedro R. Piller (Gastón Leval)	3	4'50	
LA ESFINJE ROIA, por Han Ryner	3	4'50	
¡TAMBIEN AMERICA!, por Campio Carpio	4		
LA MONTAÑA, por Elíseo Reclus	2	3'50	
EL ARROYO, por Elíseo Reclus	2	3'50	
EL CALVARIO, por Octavio Mirbeau	2	3'50	
EL IMPERIO DE LA MUERTE, por Vladimiro Korolenko	2	3'50	
EL DOLOR UNIVERSAL, por Sebastián Faure	3	4'50	
LA ETICA, LA REVOLUCION Y EL ESTADO, por Pedro Kropotkin	2	3'50	
LOS HERMANOS KARAMAZOW, por Fedor Dostoiewski. Un tomo en rústica, con cubierta a tricromía y más de 350 páginas	3	4'50	
LA VIDA TRAGICA DE LOS TRABAJADORES, por el doctor Feydoux	3'50	5	
IDEARIO, por Enrique Malatesta. Un tomo de 224 páginas	2	3'50	
CRITICA REVOLUCIONARIA, por Luis Fabbri	2	3'50	
IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO, por Rudolf Rocker	3	4'50	
LOS CARDOS DEL BARAGAN, por Panait Istrati	2	3'50	
LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS, por R. H. de Ibarreta	2	3'50	
LAS RUINAS DE PALMIRA, por el Conde de Volney	2	3'50	
LA INTERNACIONAL PACIFISTA, por Eugen Relgis	1		
ALBÓRES, por Albano Rosell	3	4'50	
PROBLEMAS ECONOMICOS DE LA REVOLUCION SOCIAL ESPAÑOLA, por Gastón Leval	3	4'50	
LA NUEVA CREACION DE LA SOCIEDAD POR EL COMUNISMO ANARQUICO, por Pierre Ramus	3'50		
LA INQUISICION EN ESPAÑA (ilustrada con diecinueve láminas)	1		
EL SACRILEGO, por José Sampérez Janín.	5		

Folleto filosóficos y sociales

	Pesetas
RUSIA ACTUAL Y FUTURA, por el profesor G. F. Nicolai	1
LOS PRINCIPIOS HUMANITARISTAS, por Eugen Relgis	0'30
LA PROPIEDAD DE LA TIERRA, por León Tolstoi	0'30
LA IGLESIA Y LA LIBERTAD, por Lorurot-Desgranges	0'40
LA PROSTITUCION, por Emma Goldmann	0'25
LA LUCHA POR EL PAN, por Rudolf Rocker.	0'50
LA LIBERTAD Y LA NUEVA CONSTITUCION ESPAÑOLA, por Higinio Noja Ruiz	0'30
EL MILITARISMO Y LA GUERRA	0'25
LA FABRICACION DE ARMAS DE GUERRA, por Rudolf Rocker	0'30

HUELGA DE VIENTRES, por Luis Balfi	0'25
LAS FEALDADES DE LA RELIGION, por Han Ryner	0'50
GENERACION VOLUNTARIA, por Paul Robin.	0'25
¿MARAVILLOSO EL INSTINTO DE LOS INSECTOS?	0'30
FEMINISMO Y SEXUALIDAD, por Julio A. Munárriz	0'50
SUPERPOBLACION Y MISERIA, por Eugenio Lericolais	0'40
LA VIRGINIDAD ESTANCADA, por Hope Clare	0'20
EL MAREO, por Alejandro Krupin	0'50
LA TRAGEDIA DE LA EMANCIPACION FEMENINA, por Emma Goldmann	0'20
ENTRE CAMPESINOS, por E. Malatesta	0'35
LA FILOSOFIA DE IBSEN, por Han Ryner	0'25
¿QUE ES EL COMUNISMO LIBERTARIO?, por Ramón Segarra	0'50
EL COMUNISMO LIBERTARIO (Sus posibilidades de realización en España), por Isaac Puente	0'40
MATERNOLOGIA Y PUERICULTURA, por Margarita Nelken	0'25
AMOR Y MATRIMONIO, por Emma Goldmann.	0'30
EL MATRIMONIO, por Elías Reclus	0'30
LA LIBERTAD, por Sebastián Faure	0'30
EL SINDICALISMO, por Anselmo Lorenzo	0'30
EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO, por V. Grifuelhes	0'30
EL PROBLEMA DE LA TIERRA, por Henry George	0'30
EDUCACION REVOLUCIONARIA, por C. Cornelissen	0'30
ESTUDIOS SOBRE EL AMOR, por José Ingenieros. Segunda edición	0'75
EL SUBJETIVISMO, por Han Ryner	1
JUANA DE ARCO, SACRIFICADA POR LA IGLESIA, por Han Ryner	0'60
CRAINQUEBILLE, por Anatole France	0'50
LA MUERTE DE OLIVERIO BECAILLE, por Emilio Zola	0'50
LUZ DE DOMINGO, por Ramón Pérez de Ayala.	0'50
INFANTICIDA, por Joaquín Dicenta	0'50
URANIA, por Camilo Flammarion	0'50

COLECCION «AYER, HOY Y MAÑANA»

Estos folletos, magníficamente presentados, constituyen una pequeña enciclopedia de gran valor cultural, pues el tema de cada uno de ellos lo forman opiniones cuidadosamente seleccionadas de las figuras más destacadas de la intelectualidad mundial. Van publicados los siguientes:

POBRES Y RICOS	0'30
LA POLITICA Y LOS POLITICOS	0'30
DEMOCRACIA, SUFRAGIO Y PARLAMENTARISMO	0'30
PERIODICOS Y PERIODISTAS	0'30
CAPITAL, DINERO Y TRABAJO	0'30
LA GUERRA	0'30
LA SOCIEDAD ACTUAL	0'30

Corresponsales administrativos de «Estudios»

BARCELONA.—Unión de Quiosqueros: Barbará, 12.
MADRID.—Agencia de Distribución: Morafin, 49.
SEVILLA.—José Romero Luquez; Reyes Católicos: Nuevo Quiosco.
GRANADA.—Manuel Laguna; Zenete, 15.
BUENOS AIRES (Argentina).—Fermín Cortés: Belgrano, número 3.335.
ROSARIO SANTA FE (Argentina).—J. Emilio Núñez 9 de Julio, núm. 826.
MONTEVIDEO (Uruguay).—Emilio Huerta: Maldonado, número 1.051.
CAMAGÜEY (Cuba).—Manuel Gaona: Lanceros, 17.

Obra de trascendental importancia.-Verdadera enciclopedia de la vida sexual

El exceso de población y el problema sexual

por el
Dr. G. Hardy

Los medios más modernos y eficaces para evitar el embarazo.—El aborto: Sus peligros y sus consecuencias.—Procedimientos abortivos empíricos y perjudiciales.—Técnica operatoria abortiva científica e inofensiva.—Divulgación de los conocimientos necesarios para la vida matrimonial y la felicidad del amor.



Todos los años mueren centenares de miles de mujeres por aborto clandestino, víctimas calladas de procedimientos absurdos y nocivos, propalados por la rutina y la ignorancia. Esta importantísima obra del Dr. Hardy, libro documentado y serio, viene a evitar esos estragos que tanto daño causan al mundo, poniendo sus vastos conocimientos y su larga experiencia al servicio de la Humanidad.

Esta obra en su hogar, es la mayor garantía para su felicidad sexual y su bienestar.

Que la mujer conozca los medios prácticos y eficaces para poder gozar del amor, sin peligros ni consecuencias desagradables. Que sepa que el problema de los hijos depende de su exclusiva voluntad. Que puede ser o no madre, según le convenga, sin necesidad de recurrir a procedimientos abortivos torpes y vulgares, siempre nefastos. Que conozca al mismo tiempo los riesgos a que expone su salud con tales procedimientos. He aquí el único medio para acabar con tanto dolor y tantas lágrimas.

Todos sus problemas íntimos resueltos. Todas sus dudas y temores desvanecidos.

Un tomo de 448 páginas, ilustrado con sesenta y seis grabados en negro y cinco preciosas láminas a tricolor, fuera de texto.

En rústica. **10 pesetas**
Lujosamente encuadernada en tela. **12 »**